

CRISTIANDAD

Año XXVII - NUMERO 480

BARCELONA

FEBRERO 1971

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

EDITORIAL:

LA DIALECTICA DE LA REVISION DEL CONCORDATO

F. C. V.

RASGOS DE UN ALMA DE FUEGO

Juan Roig Gironella, S. I.

TREZEMA ESTACIO

M. M. Doménech

EL CORAZON TRASPASADO, Y EL MISTERIO DE CRISTO Y DE LOS CRISTIANOS

Roberto Cayuela, S. I.

EL FERMENTO

Antonio Pacios, M. S. C.

AL MEDIO SIGLO - EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA XXVI - SERAJEVO EL JULIO DE 1914

Luis Creus Vidal

EXIGENCIAS

Marcel Clement

QUID EST VERITAS?

Fray Antonio de Lugo, O. S. H.

LA REDENCION Y EL EGOCENTRISMO

Roger de Saint Chamas

EL SACERDOTE

Melchor Pelegri, Pbro

ADMINISTRACIÓN: Princesa, 21-(3)

Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

LA DIALECTICA DE LA REVISION DEL CONCORDATO

“La Conferencia Episcopal recibió el pasado diciembre el encargo de la Secretaría de Estado de emitir un dictamen sobre el texto de un anteproyecto de Concordato, que era el punto de convergencia al que se había llegado en conversaciones precedentes entre el Consejo para los asuntos públicos de la Iglesia y la Embajada de España ante la Santa Sede” (del comunicado de prensa de la XIV Asamblea Plenaria del Episcopado; 20 de febrero de 1971).

Durante los primeros días de este mes de febrero una serie de noticias erróneas y deformadoras, dadas por la agencia *Europa Press*, habían presentado los hechos con distinta fisonomía: desde Roma se enviaba a los Obispos un esquema ya superado y que no correspondía al estado actual de las negociaciones; el texto había sido elaborado por oficiales diplomáticos cuyo mandato e instrucción no constaban al Episcopado español, y sobre él se formulaban, al parecer, reservas substanciales incluso por los órganos de la Santa Sede que lo remitían a los Obispos españoles.

Se quería sugerir un enfrentamiento en el que de una parte estaba el anteproyecto “preconciliar” y “conservador” enviado por la Santa Sede, y que “algunos medios” —ya se entiende que *ultras*— se empeñaban todavía en mantener y de otra parte estaba la actitud del Gobierno y del Episcopado españoles, en línea de exigencia conciliar, urgiendo la necesidad de un Concordato totalmente revisado y “sin privilegios”.

Podría decirse que se trataba de que el que llaman algunos payorativamente “nacional-catolicismo” tomase la bandera del Vaticano II frente a Roma, que se mantendría en actitud “constantiniana” y tradicionalista.

Las declaraciones del Nuncio y del Cardenal Primado en la apertura de la Asamblea Episcopal, y a pesar de su tono reticente la misma nota oficial de la oficina diplomática, permitieron definir los hechos: el anteproyecto era la concreción de una tarea conjunta y había sido elaborado de común acuerdo. Este anteproyecto es el *único texto* sobre el que las dos partes contratantes que lo elaboraron convenían en proseguir las negociaciones.

La Santa Sede lo había enviado a título consultivo a los Obispos españoles, que por la misma naturaleza de las cosas no son parte en un tratado

bilateral entre el Estado español y la Santa Sede. Lo enviaba para obtener su dictamen antes de proseguir en la nueva fase, ya formal, de negociaciones.

* * *

Unas declaraciones a la prensa de Mons. Guerra Campos terminaron de precisar la situación. Leamos atentamente.

Pregunta el periodista:

—¿Es verdad que, al conocerse los miembros de la Comisión Episcopal que habían de informar a la Asamblea Plenaria sobre el Concordato, y al conocerse las primeras impresiones de las reuniones de las provincias eclesiásticas en el mes de enero, se produjo un viraje repentino en la posición del Gobierno, tal como se desveló en la opinión pública en los primeros días de febrero? (se pretende pues que el Gobierno, al discrepar del anteproyecto “romano” no hace sino seguir la actitud de los Obispos españoles; por otra parte se da por supuesto que las noticias y comentarios de la prensa expresaban un viraje de la posición del Gobierno).

Responde Mons. Guerra Campos:

—*No es verdad.*

—¿Conoce la gestación de la actual postura del Gobierno español?

—*No conozco su gestación; pero puedo decir que estaba ya articulada, al menos, en los primeros días de diciembre, antes que el Episcopado conociese el anteproyecto recibido de Roma, que ahora está estudiando.*

—¿La Asamblea Plenaria ha recibido alguna comunicación del Gobierno en relación con el Concordato?

—*Sí.*

—¿El Episcopado ha recibido y examinado el proyecto articulado del Gobierno?

—*No.*

* * *

Queda claro que se ha producido un cambio de postura por parte del Gobierno español, posterior a la elaboración conjunta del anteproyecto concluido en el primer semestre del pasado año; y que este cambio está en la línea expresada por las noticias y comentarios dados a la prensa en los primeros días de febrero

de 1971, y también, y muy significativamente, obedece a la inspiración expresada en una conferencia que sobre el tema “Iglesia y Estado” pronunció D. Alfredo López Martínez al inaugurarse el curso de la Academia Valenciana de Jurisprudencia y Legislación.

Se quiere propugnar una “separación nítida”, una mutua independencia y libertad sin “cesaropapismos” ni “clericalismos”. Para ello se desea una revisión total y no “alicorta”. Se quiere un Concordato “totalmente conciliar y sin privilegios”. Incluso se insinúa la posibilidad de una rescisión del Concordato vigente, “ya fuese por mutuo acuerdo, ya por verse obligada una de las partes a denunciarlo por aplicación de la cláusula *rebus sic stantibus*.”

* * *

Conviene reflexionar sobre la dialéctica que ha conducido a la actual situación.

Invocando el Concilio Vaticano II, solicitó el Papa a la autoridad civil la renuncia a sus privilegios referentes al derecho de presentación en orden al nombramiento de Obispos. Quienes hemos propugnado desde hace muchos años la oportunidad y conveniencia de dicha renuncia nos sentimos ahora plenamente libres para reconocer este hecho: muchos católicos españoles temen que la interferencia de la corriente política democrático-cristiana en los criterios vaticanos sea causa de que la libertad de designación de los Obispos por parte de la Iglesia no conduzca a otra cosa sino a una *menor* pureza doctrinal y pastoral.

Es probable que un Episcopado nombrado sin el derecho de presentación no hubiese tenido la admirable y *excepcional* adhesión al Magisterio Pontificio que mostró el Episcopado español ante la *Humanae vitae*.

Es un hecho que la renuncia al derecho de presentación no encuentra acogida fácil ni despierta entusiasmo entre los católicos españoles de mentalidad más sana y tradicional.

Por lo mismo se corre el riesgo de aceptar el sofisma que concibe vagamente como contrapartida a la renuncia de los privilegios por parte del Estado, la correlativa renuncia por la Iglesia a los que se vienen llamando sus “privilegios” en el ámbito de la sociedad política. Bajo este término cargado hoy de desprestigio se comprenden: el fuero eclesiástico en materias penales o civiles, la dotación económica, cuyo originario carácter de indemnización se quiere olvidar hoy, el

derecho de la potestad eclesiástica a legislar y juzgar sobre el matrimonio cristiano, las garantías legales del derecho de la Iglesia a cumplir su misión de educar, etcétera.

* * *

Agrava el problema el cansancio producido por las intromisiones políticas de algunos sectores del clero. Laicos y clérigos tradicionales incluso desean que no pueda ampararse bajo el fuero eclesiástico una subversión más o menos hipócrita o abierta. En el futuro podrá tal vez quedar desamparado jurídicamente el clero ortodoxo ante un Estado perseguidor, pero en el momento actual de tensión dialéctica no se ven las cosas así, y por una razón o por otra, es unánime el aceptar como deseable la renuncia al fuero eclesiástico.

Reacciones parecidas se producen en torno al problema de la dotación económica del clero. Se produce una invocación "revanchista" del tópico de la "Iglesia de los pobres"; con ironía sarcástica ha dicho Emilio Romero que el Estado se propone facilitar a la Iglesia esta deseada situación.

Una dialéctica semejante pone en situación delicadísima, y en el sentido más imprevisto y paradójico, el principio de la confesionalidad del Estado español.

La confesionalidad es un principio fundamental "constituyente" que no podría ser alterado sin ruptura radical. Pero ahora se presenta como menos deseable para la propia soberanía del Estado. Se alega que el propósito colectivo y político de acatar los principios dogmáticos y morales de la Iglesia católica podría fa-

cilitar las intromisiones de la Jerarquía en la elaboración de nuestras leyes.

El argumento resulta de fácil apariencia después de la fracasada presión ejercida en torno a la Ley Sindical recientemente aprobada. El malestar causado por las reiteradas, aunque necesariamente vagas, intervenciones eclesiales o paraeclesiales, no pudo ser del todo subsanado por las oportunas aclaraciones que formuló Mons. Guerra Campos en la revista *Ecclesia* (31 de octubre de 1970).

También algunos, fatigados por la incoherencia y la heterodoxia en la enseñanza y en la educación, no advierten el peligro de que, a título de renuncia de privilegios por parte de la Iglesia, nos encontremos sin fuerza alguna que oponer al aplastante rodillo en que podría convertirse fácilmente en su aplicación práctica la Ley de Educación.

* * *

Todo un conjunto de tensiones, en las que se va llegando muchas veces a lo mismo por *tesis* y por *antítesis*, nos han conducido a este momento en que, optando por el "Concilio" o "contra el Concilio", por el "Vaticano" o "contra el Vaticano", por el "Régimen" o "contra el Régimen", y en contra o en favor del "catolicismo tradicional" español, se puede jugar a laicizar la vida pública española, a perder todas las posiciones legales que pudiesen defender la libertad de la Iglesia y la de los padres de familia cristianos para la educación de las futuras generaciones; y, en el ámbito público, a conmover el cimiento del edificio político español.

F. C. V.

EL CORAZON TRASPASADO Y EL MISTERIO DE CRISTO Y DE LOS CRISTIANOS

(Viene de la pág. 49)

Misa del Sagrado Corazón, dispuso el Padre Celestial que su Unigénito Hijo, pendiente en la Cruz, fuese traspasado con la lanza del soldado, para que su Corazón abierto, sagrario de las divinas languezas, derramase sobre nosotros torrentes de misericordia y de gracia.

En efecto, al contemplar mentalmente el Corazón traspasado de Cristo, o al venerar su Sagrada Imagen, recordamos y meditamos el amor con que Cristo nos amó, y también toda su santísima vida interior, movida e impulsada por el amor que nos tuvo; y esto nos lleva

suave y seguramente a aquel conocimiento interno de Cristo del que procede un amor verdadero a Él y un seguimiento animoso de Él; seguimiento que se resume en participar perennemente de su muerte, para participar dichosamente de su vida resucitada.

Y así, en el Corazón traspasado de Cristo tenemos la plena revelación del misterio de su muerte y de su vida, y también de nuestra muerte espiritual para nuestra vida espiritual.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

RASGOS DE UN ALMA DE FUEGO

Santa Catalina de Siena

I. A GRANDES MALES, GRANDES REMEDIOS

Todos conocemos por experiencia, cuánto difieren un cuerpo vivo y un cuerpo muerto. El cuerpo muerto no reacciona unitariamente en vistas a su conservación; el cuerpo vivo está constantemente tratando de rehacerse ante los gérmenes nocivos que tenderían a desintegrarlo; y cuando lo ha conseguido es fuente de nuevas iniciativas vitales: hojas, flores, frutos.

La Iglesia es el Cuerpo místico de Jesucristo. Mil veces en el decurso de la historia, cuando sus enemigos habían creído que la habían herido de muerte por la defección de los hombres que la forman, otras tantas ha empezado en ella una nueva era de actividad, que proviene del principio interno de vida que la dirige, su alma, el Espíritu Santo.

Una de las manifestaciones incesantes de esta renovación es la aparición de grandes santos, precisamente en los momentos más críticos y peligrosos. En el siglo XVI por ejemplo, cuando tantos eclesiásticos se habían mundanizado, envió Dios a su Iglesia a una verdadera legión de santos.

También el siglo XIV fue un siglo muy duro para la vida de la Iglesia. En Italia cundían las corrientes de paganización que pronto trajeron el naturalismo del Renacimiento. En la corte de los Papas, en Aviñón había entre los Cardenales y altos dignatarios eclesiásticos casos de mundanización, que hoy día difícilmente comprendemos.

Precisamente entonces Dios envió a su Iglesia a grandes santos, santos que son gigantes en su misión de volver los hombres a Dios: Santa Brígida, San Bernardino de Siena, Santa Catalina de Siena.

Muchos se equivocan cuando leen la historia de estos grandes santos, que con frecuencia eran no sólo grandes místicos sino que estaban dotados de grandes dones carismáticos. La vida de Sta. Catalina, por ejemplo, es un tejido de éxtasis, visiones, revelaciones, milagros. Digo que se equivocan porque ante estas gracias, creen que no son imitables, que no son útiles para los hombres de hoy.

En realidad por medio de ellos Dios nos estimula a que realicemos *lo que ellos hicieron*, aunque no *de aquel modo* como ellos lo hicieron. En el primer siglo de vida de la Iglesia había gran profusión de dones carismáticos, como se ve por las cartas de S. Pablo, porque entonces había una razón especial para que Dios los concediese: la rápida difusión de la Iglesia en el mundo romano. No han cesado, pero no con aquella

profusión. De modo semejante, ante los graves males de algunos siglos, como fue el XIV, Dios suscitó a un alma gigante, Santa Catalina de Siena. Sus gracias extraordinarias fueron una poderosa ayuda para que difundiera en el mundo la doctrina de salvación: amor a la Fe, a la Iglesia “dulce Esposa de Cristo”, al Papa “dulce Cristo en la tierra”, la oración. Pero esto no quiere decir que Dios nos los proponga como modelo precisamente en estos dones que eran extraordinarios como convenientes en aquellas circunstancias en que a grandes males había que oponer grandes remedios; sino que nos los propone como modelo en la doctrina y práctica de la virtud, que con la ayuda de aquellos dones entonces pudieron difundir por el mundo. Son modelo nuestro *en lo que enseñaron e hicieron*, que es el mismo Evangelio; no precisamente *en el modo propio de ellos* con que lo enseñaron e hicieron.

Esta observación es muy interesante, porque se equivocan, tanto los que hacen consistir la santidad en este modo propio de ellos, el carismático, como los que por verlo inimitable descuidan lo fundamental y esencial que mediante estos carismas Dios nos enseñó por medio de ellos.

En este sentido Santa Catalina de Siena conserva plena actualidad y su mensaje pleno vigor. Cuando Pablo VI la declaró Doctora de la Iglesia el 4 de octubre de 1970, pronunció en su homilía las siguientes palabras: “El mensaje que nos transmite es de una fe purísima, de un amor ardiente, de una entrega humilde y generosa a la Iglesia católica, Cuerpo místico y Esposa del divino Redentor. Este es el mensaje específico de la nueva doctora de la Iglesia, Catalina de Siena, para que sea luz y ejemplo de cuantos se glorían de pertenecer a ella”.¹ Dos elementos: fe purísima, con amor ardiente hasta la inmolación; de otra parte entrega total a nuestra madre la Iglesia católica.

Más aún: podría decirse que Santa Catalina de Siena es en nuestros días un modelo especial por las circunstancias que la rodeaban en el s. XIV, que en algunos puntos tienen mucha semejanza con las circunstancias de nuestro siglo. ¿Cuáles? Aquel siglo fue el siglo del cisma de Occidente; nuestro siglo es el siglo de algo semejante a un cisma interno, que si no llega hasta formalizarse jurídicamente, se mani-

1. *Osservatore Romano*, 11 oct. 1970, ed. semanal en lengua española.

fiesta internamente en un afán por vaciar de su contenido las verdades de nuestra fe conservando la etiqueta externa de las palabras. En aquel siglo se produjo una inmensa desorientación de los espíritus, en parte por el aseglaramiento del clero y por las malas costumbres paganizantes que toleraban; en nuestro siglo, la desorientación y desaliento de muchos espíritus al ver de qué manera muchos entienden y practican la tan deseada renovación, son bien conocidos de todos y se manifiestan por los efectos, que no es ahora conveniente reseñar, en este sitio.

En el siglo XIV Santa Catalina de Siena opuso a los males de entonces una fe purísima, un amor ardiente de sacrificio e inmolación, una total identificación con la Iglesia católica. En nuestro siglo a imitación suya, hemos de oponer a los males de hoy una fe purísima, un amor ardiente de sacrificio e inmolación, una total y plena identificación con la Iglesia católica.

Se dirigía, sí, al Legado del Papa, a los Cardenales, al Papa mismo, comunicándoles lo que Dios quería que les comunicase con entereza y verdad; pero siempre con humildad, siempre con obediencia y sumisión al "dulce Cristo in terra", el Papa, a quien llamaba a veces "Babbo", "Babbo mío", "Padre", "Padre mío".

El gran biógrafo de la sienesa, Johannes Joergen-

sen, dice muy bien: "Con razón se ha calificado a Catalina de espíritu reformador. Pero sus tentativas de reforma surgen de fuente muy diversa que la de Lutero o Calvino. El principio en que se fundaba para renovar todas las cosas era una fe inquebrantable en la divinidad de la Iglesia, que, para ella, como para el Apóstol, era el fundamento y el pilar de la verdad. Y esta Iglesia que era, en cierto modo, el primer artículo de su credo, no es, como para los protestantes, una vaga asamblea de amigos del Señor, no; es la Santa Iglesia Católica Romana, aquella cuyo jefe es el Papa legítimamente elegido: Cristo en la tierra; *il dolce nostro Cristo in terra*, como le llamaba la sienesa. Es inútil que busquemos otro Jesús en la oración o en la Escritura; lo poseemos vivo entre nosotros. Aunque fuera un demonio encarnado, no debemos levantar la cabeza contra él, sino reposarla con confianza en su seno".² Estas últimas palabras que cita Joergensen, están tomadas literalmente de Santa Catalina.

Como el Evangelio es eterno en su contenido, de ayer, de hoy y de siempre, pero constantemente podremos vivirlo en el siglo que nos ha tocado en suerte, también el mensaje de Santa Catalina, fundado en el Evangelio de Cristo y en el Espíritu Santo, sigue siendo hoy un mensaje de actualidad, como lo fue hace seis siglos.

II. «SANGRE, SANGRE»

Estas palabras, junto con la entrega de su espíritu a Dios, fueron las últimas que pronunció antes de morir, Catalina de Siena. Encierran todo el sentido de su vida: toda su vida fue un acto de agradecimiento de amor a Jesús por la sangre que había derramado para redimir a los hombres; toda ella fue como un arco tendido hacia un fin, que era procurar que los hombres se "bañasen en la sangre de Cristo" para no perderse. Cuando las pronunció antes de morir tenía 33 años de edad y unos días.

Pues había nacido el 25 de marzo de 1347. Allí en el barrio de Siena, llamado Fontebranda, en la calleja "dei tintori", en que parece percibirse todavía el olor de los antiguos tintoreros, vivía Giacomo Benincasa casado con Lapa di Puccio dei Piangenti, que tuvieron 23 hijos. El último fue Catalina, cuya hermana gemela Giovanna murió poco después. Pero ella, Catalina, llevaba en sí el sello de un gran designio a que la destinaba Dios.

A los 6 años de edad, una tarde de 1352, volvía de Siena para la casa de sus padres, acampanada de su hermanito Stefano. De pronto le pareció que allí en el cielo veía una grandiosa aparición: Jesucristo con or-

namentos pontificales, acampanado de S. Pedro, San Pablo y San Juan. Fue el llamamiento divino. Al año siguiente, contando 7 años de edad, se prometió a Jesús, ante la Madonna: no quería a otro esposo.

Pero no lo comprendían así los de su casa. Había de ser como las demás. Un día consintió en ir al baile, ataviada, con las mejillas pintadas y el cabello teñido de rubio, con su hermana Buenaventura. Murió ésta, pronto y empezó una transformación decisiva en Catalina. Toda su vida lloró amargamente su recuerdo. Pero en su casa querían que se casase pronto, como las demás jóvenes. Que se ataviase y se adornase el cabello. Se lo cortó y se puso encima de la cabeza un velo. "¡Qué bien cuida su cabello, que lo resguarda con un velo!" pensaron. Pero al quitárselo descubrieron que se había rapado la cabeza. Y empezó la lucha para quitarle aquellas ideas. Despidieron a la sirvienta, para que ella en vez de dedicarse a orar tuviera que trabajar. No importaba: imaginó que estaba en Nazaret sirviendo a Jesús en su padre, a María en su madre, a los apóstoles en sus hermanos. En su cora-

2. JOERGENSEN, Johannes: *Santa Catalina de Siena*. Madrid, 1924. Libr. 3, cap. 1, p. 310-311.

zón tenía una celda secreta para dialogar con Él; en su casa se arregló una celda exterior: un cuchitril de cinco por tres metros en que se entregaba a la oración y a la penitencia, con cilicios, cadenas, gran vencimiento en el comer y en el dormir.

Su pobre madre, Lapa, se desesperaba viendo a su hija sangrando mientras se azotaba. ¿Qué sería de ella? Había que distararla, sacarla de allí. Y se la llevó a la estación termal de Vignone.

Allí tomaría baños. Sí, los tomó. Pero no con agua tibia, sino ardiente, mientras iba pensando en el infierno. A la oposición familiar añadió el diablo sus tentaciones. Le hizo ver a un joven ricamente vestido. ¿Ves? Tú también podrías estar entre los elegantes. Y cuando lo rechazó, quedó dentro de sí la tentación: "Oh, amado mío, mi único Esposo, Tú sabes que no he deseado nunca más que a Ti sólo, ¡ven hoy en mi socorro, oh, Salvador mío, fortifícame y sostenme en esta hora difícil". El crucifijo no dio muestras de oír esta angustiada súplica. Pero un vestido de mujer pasó rozándola a su lado: era María. Ella le vistió su traje, el que le traía "bordado con sus propias manos". Sería "mantellata", de aquellas mujeres de la tercera orden de Santo Domingo, que iban con una túnica blanca, un cinturón de cuero, un manto negro y un velo blanco. Lo dijo a su madre, Monna Lapa. Al fin había que resignarse, no se podía más. Y un domingo de 1363, a los 16 años, Bartolomé Montucci le dio oficialmente el hábito tan deseado.

"El alma no puede vivir sin amar", es una de sus típicas frases; el problema está dónde poner el amor: si amarse a sí poniendo en esto su complacencia y descanso, o en amar a Dios, amándose a sí sólo como posesión e interés de Dios.

Su lucha, esta lucha tan dura en la vida espiritual cuando pasado el momento de la conversión viene la prueba de de cada día, en que va estructurándose el espíritu, se prolongó en la vida solitaria que llevó hasta los 19 años.

Un día el demonio la tentó especialmente. Le hacía ver a hombres y mujeres, que decían pasarlo bien en el mundo y le decían: haz como nosotros. Las tentaciones arreciaban, fuera y dentro.

Se conserva un fragmento, de gran importancia espiritual. Al fin de las sugerencias de la tentación se le apareció Jesucristo llevando la cruz: "¡Oh, bueno y dulce Jesús! ¿Dónde estabas cuando mi alma era presa de semejantes tormentos? — Estaba en tu corazón, Catalina, porque no me aparto más que de aquellos que primero se apartan de Mí. — ¿En mi corazón, Señor, en medio de todas estas tentaciones y de estas visiones impuras? Si estabas en mi corazón, ¿cómo

no me daba cuenta de ello? ¿cómo podía estar cerca del fuego sin sentirme confortada por su llama? Yo no experimentaba más que frialdad, desolación y amargura, y me parecía estar llena de pecados mortales. — Dime, Catalina, esas tentaciones, ¿te causaban alegría o pena? — Me horrorizaban y me desesperaban terriblemente. — ¿Y por qué sucedía así? ¿crees tú que si no hubiese estado en tu alma y no hubiese cerrado todas las puertas de este asilo, esas malas imágenes no habrían penetrado por ellas? Estaba en tu corazón, igual que en la Cruz, padeciendo, y, sin embargo, dichoso. No sentías mi presencia, pero estaba allí con mi gracia, y cuando ofreciste espontáneamente soportar todos los tormentos, incluso la condenación eterna, antes que abandonar mi servicio, te viste libre, porque no me complazco en atormentar a un alma, antes bien, me regocijo cuando por amor mío consientes en sufrir y perseverar en el sufrimiento. Por eso, en lo sucesivo, tendré contigo una mayor intimidad y te visitaré más a menudo".³ Jesús desapareció; Catalina quedó sola en la noche. Se tendió descansando su cabeza en las escaleras de ladrillo y se durmió mientras iba pensando las palabras del Señor: "Hija mía, Catalina, hija mía".

Al cabo de estos tres años, el martes de Carnaval de 1367, Jesús puso en su dedo un anillo: era el desposorio espiritual. Sería su esposa.

Iba a empezar para ella otra etapa en que mostraría su amor a Dios con el sacrificio del amor al prójimo, ejercitado por Dios. ¿Qué mejor sitio que en los Hospitales de la antigua Siena? Allí había desde 1305 un Reglamento, que aseguraba el funcionamiento del antiguo Hospital de Santa María de la Scala y fuera de la ciudad San Lázaro, el hospital de los Leprosos, además del de Camporeggi donde las "mantellate" eran enfermeras.

Este fue el período de formación interna. Una pobre mujer sensual, que había vivido sin fe ni ley por muchos años, fue acogida allí. Claro está que para ella, todo resultaba insuficiente: se ponía furiosa tirando el alimento a la cabeza de sus enfermeras, lamentándose por su mala suerte sin cesar; ni siquiera se le podía hablar de religión, porque sentía todo el odio que una mujer sensual puede experimentar hacia Jesucristo. Allí estuvo atendiéndola precisamente con especial cuidado, Catalina. Como en San Lázaro, a la leprosa Tecca, en la que ella veía a Jesucristo por su fe, pero que por el contrario se volvió orgullosa y exigente, como si aquellos servicios le fueran debidos. Dos veces al día hacía el recorrido de media hora des-

3. O. c., lib. 1, c. VI, p. 76-77.

de Fontebranda hasta el hospital y si llegaba algo tarde, ya la leprosa la injuriaba: "Bienvenida seáis, reina de Fontebranda, ¿dónde se ha entretenido la reina esta mañana? ¿habrá sido en la Iglesia de los Hermanos? ¡Parece que la reina no se harta de la sociedad de esos frailes!" No la dejó hasta que después de morir, la amortajó. Entonces una erupción de su mano, contagiada, curó de repente. Pero su espíritu también se había cambiado en otro.

El año 1370, cuando contaba ella 24 años de edad, fue decisivo en su vida, como pocos años antes lo había sido el de su desposorio espiritual con el Señor y cinco años después lo fue el de su estigmatización. En lo interior, su doctrina espiritual se afianzaba con la precisión y firmeza que ya durarían toda su vida: "Si queréis tener el alma en paz, despojaos de vuestra voluntad propia, que es la causa de todos vuestros sufrimientos, para revestiros de la dulce voluntad de Dios, y poseeréis la vida eterna".⁴ Sobrevino aquel hecho extraordinario, cuando estuvo muerta cuatro horas, y el Señor le dio entonces el encargo de salir ya fuera para salvar almas.

Fue el 17 de julio de 1370, cuando pidió al Señor que la purificase, antes de recibir la Comunión; y sintió que se derramaba sobre ella "una lluvia de fuego y sangre" que la purificaba en lo íntimo del alma: "todas las cosas creadas me producían el efecto de un infecto estercolero". Pidió al Señor que le retirase la juventud propia, su propio querer: "Querida hija, te doy mi voluntad a la que habrás de conformarte en lo sucesivo de tal modo, que sean cuales fueren los acontecimientos, no puedan turbarte". En efecto, desde entonces se la vio tranquila en medio de las situaciones y sucesos más difíciles que en su vida la esparaban.

Al día siguiente, 18 de julio, suplicó a Jesús que le quitase el corazón y le diese el suyo. Así fue; el Señor le quitó el corazón y vivió varios días sin corazón; pero el 20 le trajo otro: "Hija mía muy amada, como el otro día te he quitado tu corazón, hoy te doy el

mío en cambio". Las amigas comprobaron efectivamente la cicatriz sobre su pecho. Con esto su amor al prójimo aumentó de tal modo, que se sentía feliz pensando que podía dar la muerte por cada hombre en particular.

Y murió. Estuvo como cuatro horas muerta. En este tiempo fue cuando el Señor le hizo presenciar lo que eran los tormentos del infierno y los del purgatorio; le hizo entrever lo que era la beatitud del cielo. ¿No sucedió también esto con Sta. Teresa de Jesús, precisamente cuando nació en su alma el deseo de fundar el Carmelo para que las almas no se perdiesen sino que se salvaran? ¿no lo vemos también en otros grandes santos, a los que Dios preparaba para el apostolado? "Si los pobres hombres pudieran sospechar lo que son el purgatorio y el infierno, preferirían morir diez veces antes que soportar un solo día semejantes suplicios. Vi en particular, que los que han pecado violando las santas leyes del matrimonio son severamente castigados; tanto desagrada a Dios ese pecado, hasta en los casos en que no constituyen una falta mortal".⁵

Ya estaba preparada. Ahora ya podía ser apóstol. El Señor iba a enviarla para cumplir su misión. En las horas en que permaneció muerta, Jesús le dijo: "La salvación de muchos depende de tu vuelta; no debes vivir en tu celda como has hecho hasta aquí; habrás de dejar tu casa y tu pueblo natal por la salvación de las almas; irás en adelante de plaza en plaza y de pueblo en pueblo, pero estaré siempre cerca de ti, te conduciré y aseguraré tu vuelta; te haré don de una sabiduría a la que nadie podrá resistir; te enviaré a los Pontífices y los soberanos, y por ti, que eres débil a los ojos del mundo, confundiré el orgullo de los fuertes".⁶

Mientras Jesús le decía estas palabras, experimentó que su alma entraba otra vez en su cuerpo y revivió.

Ahora estaba preparada para la gran misión a que Dios la enviaba: la salvación de innumerables almas.

III. APOSTOL

Vivía en Siena un joven, Andrea di Naddino de Bellanti, rico, apasionado por el juego y las bebidas, blasfemo, que nunca pisaba la Iglesia. Un día perdió dinero. Se irritó tanto que tomó el crucifijo, lo arrojó al suelo y lo pisoteó. Un día se sintió gravemente enfermo y le dijeron que llamarían a un sacerdote. Inútil. Tal como he vivido, así quiero morir, dijo, Acudió

el dominico Tommaso della Fonte, pero no consiguió nada. Era el 14 de diciembre. No sabiendo qué hacer, acudió a Catalina y le pidió que orase por el joven Andrea que moriría con estas disposiciones. Ella se puso a orar.

Al día siguiente 15 de diciembre corrió por Siena no sólo la noticia de la muerte de Andrea, sino de

4. O. c., lib. 2, c. IV, p. 154.

5. O. c., lib. 2, c. V, p. 164.

6. O. c., lib. 2, c. V, p. 166.

que había muerto cristianamente con los sacramentos. ¿Cómo podía haber sucedido un hecho tan inverosímil? Catalina se lo dijo a Fray Tomás: habiendo pedido al Señor que le perdonase, le replicó que sí lo haría con tal que otra alma aceptase sufrir en su lugar y Catalina había aceptado. Tal hora en que ella terminó su oración fue la hora en que Andrea pidió un sacerdote, confesó y murió.

Pero Tomás dudaba si habría sido mera coincidencia. "Quizás otros se lo han dicho", pensaba. Catalina, que no había ido a la casa del enfermo, le describió con pormenor la habitación del enfermo visitado por Tomás: había tal cama, tenían tal color las cortinas y las colchas, todo. Así terminó 1370. Era la primera obra apostólica de Catalina.

Desde entonces no se interrumpió. Hasta llegó a obtener del Papa que durante sus viajes la acompañasen tres sacerdotes para que pudiesen confesar a tantos como se convertían por donde pasaba. Y todavía se quejaba Raimundo de Padua, que no bastaban para oír la confesión de tantos como se la pedían.

El 26 de enero, dos ladrones que fueron apresados y condenados a morir en la horca, iban en el carro que los llevaba al último suplicio, maldiciendo y blasfemando. Los vio pasar Catalina; se fue inmediatamente a orar al Señor por ellos. Cuando el carro pasaba bajo la bóveda de la puerta de la ciudad, vieron los ladrones que se les aparecía Jesucristo coronado de espinas. Su vista los estremeció; se pusieron a llorar. Su conversión era un hecho.

Así corrió por Siena el rumor de que era un

"taumaturgo de las almas" aquella joven "mantellata" Catalina. Hasta un rabioso anticlerical, Francisco Sarracini, ya de 80 años de edad, odiaba a los frailes. "Si encontrase al prior de Siena, lo mataría." Catalina fue a vivir junto a él. Con suavidad, con dulzura le atendía y en vez de hablarle de lo que daría contradicción, le hablaba del Gran Capitán Jesucristo que derramó su sangre para librarnos del demonio y de los vicios: "Sólo la Iglesia es la depositaria de esta sangre; únicamente los sacerdotes tienen la potestad de consagrarla, y sin ellos nos es imposible participar de ella. Dejémosles, pues, obrar a su arbitrio; dejémosles convertirse, aunque sea en demonios encarnados. Son los ungidos del Señor; no tenemos derecho a pronunciar sobre ellos el juicio que Nuestro Señor se ha reservado. La eficacia de los Sacramentos no se amengua por la indignidad de las manos que lo dispensan, y debemos respetar a todos los sacerdotes, a los malos como a los buenos".⁷

Francisco Sarracini al fin se conmovió. Sí, me reconciliaré con Dios. Bien, pero antes habéis de reconciliaros con el prior (aquél a quien quería matar). Sarracini se decide. Toma en su mano el mejor halcón que tenía y va a ver al prior. El prior al verle venir, echó a correr aterrorizado, creyendo que había llegado su última hora. Le enviaron emisarios: no tema, Sarracini viene en son de paz. Poco después el viejo Sarracini acudió a Bartolomeo di Dominici para que le oyese en confesión. Todavía vivió un año, en el cual oyó misa diariamente, y rezaba cada día su rosario con cien Padrenuestros y cien Avemarías.

IV. LA CONTRAPARTIDA

Alrededor de Catalina fueron agrupándose hombres y mujeres. Fueron el grupo que la gente llamaba "caterinati". En sus cartas y conversaciones les recomendaba que tuviesen dentro de su corazón una celda donde recogerse *para el conocimiento propio y de la bondad de Dios* con nosotros. Les recomendaba también que *abrazasen la cruz*: "El alma humilde se siente confortada con las persecuciones y la deshonra le parece una gloria; se regocija de ella porque ve el castigo de su voluntad sensitiva que se rebela sin cesar contra Dios y porque así se hace semejante a Jesús crucificado, que es el camino de la verdad".⁸ También les recomendaba *la oración*: "En el conocimiento de Dios hallarás el fuego de la divina caridad. ¿En dónde serás feliz? En la Cruz, con el Cordero sin mancha, buscando su honor y la salvación de las almas mediante humildes y continuas oraciones. En

esto estriba toda nuestra perfección. Hay que hacer otras cosas, pero la oración es la principal".⁹

Ciertamente, más que por carta y de palabra, les predicaba con el ejemplo, porque se levantaron contra Catalina grandes murmuraciones porque no comía: finge no comer, pero ¡lo qué comerá cuando esté sola! En vista de esto Fray Tommaso della Fonte le ordenó comer. Pero no pudo soportarlo.

Una piadosa viuda, Palmerina, lanzó la idea de que Catalina pasaba mucho tiempo en la Iglesia de los Dominicos. Una anciana enferma "mantellata" a la que Catalina atendía con sus cuidados, apoyó y divulgó el rumor. Ella en vez de enojarse contra los que la calumniaban, los miraba, como hacía S. Francisco de Asís y después hizo S. Juan de la Cruz, como "a sus verdaderos bienhechores",¹⁰ y se esforzaba exa-

7. O. c., lib. 2, c. V, p. 182-183.

8. O. c., lib. 2, c. VII, p. 207.

9. O. c., *ibid.*

10. O. c., lib. 2, c. VI, p. 192.

minándose más y más, para ver si descubriría en sí algo de verdad en lo que la atribuían.

En medio de la tribulación de estas calumnias, Jesús se le apareció, llevando en cada mano una corona: una era de perlas, la otra de espinas: ¿cuál quieres? ¡Ésta, la de espinas! ¡Jesús incrustó tan fuertemente la corona en sus sienes, que desde entonces sintió siempre las espinas que le traspasaban la frente...”¹¹

No sólo quedaron incrustadas en su frente las espinas de la corona de Jesucristo: quedaron tan profundamente impresas en su alma, que tal como ella vivía, asimismo predicaba a los suyos, en sus enseñanzas y en sus cartas: “Sé crucificada con Cristo crucificado, síguele en el camino del Calvario; hazte semejante a Él; regocíjate con los oprobios, los sufrimientos, el desprecio, las burlas y las injurias. Perse-

vera hasta el fin, no buscando consuelo más que en la sangre que mana de la cruz”, dice en una de sus cartas.¹² Y también: “No retrocedas cuando lleguen las pruebas, sino sal a su encuentro con rostro alegre, acógelas dichosa, diciéndoles: Bienvenidas seáis... Entonces la amargura se trocará en dulzura y acabarás tus días descansando dulcemente sobre la cruz con Cristo crucificado”.¹³

Esta frase: “la amargura se trocará en dulzura”, no es una frase de cajón; encierra, como todo lo de esta gran maestra del espíritu una profunda doctrina espiritual, que hallamos en Kempis y más sistemática en los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio. En la gran Doctora del espíritu, Catalina de Siena, fluye espontáneamente de su enseñanza, porque Dios lo grabó en su corazón.

V. SU ACCION POLITICA

Está muy claro el camino que Dios preparó para que Catalina cumpliera la misión a que la destinaba: primero la unió a sí en el silencio, en la intimidad de la oración, en la cruz; después de estos años estaba preparada para lanzarla a su apostolado eficaz; finalmente en 1373, el 1.º de abril, le concedió la gracia de la estigmatización, unos cuatro meses antes de que muriese Santa Brígida, como si el Señor preparase a Catalina para continuar en la Iglesia, cerca del Pontífice, la misión de aquélla.

Santa Brígida, la noble norteña, había intervenido, a veces sin aparente éxito, como fue con Clemente VI. Catalina de Siena lo conseguiría persuadiendo a Gregorio XI que dejando Aviñón se trasladara a Roma.

Como Dios le había concedido un como olfato espiritual, para oler el hedor del pecado, cuando acudió a Aviñón, en 1376, percibió tan fuerte olor que se asfixiaba. Allí volvió el rostro a una mujer mundana, sin atenderla. Cuando Raimundo de Capua le preguntó el porqué de esta desatención, contestó: “Si hubiérais advertido como yo, el hedor de sus pecados, hubiérais hecho lo mismo”. Sin embargo, Dios la enviaba allí, a Reyes, a Cardenales, al Papa, para bien de su Iglesia.

Otros intentaban lo mismo bajo diversas formas, como los Fraticelli y en el siglo xv Savonarola: pero no eran éstos los procedimientos de Dios. Ni con increpaciones públicas, ni con desobediencia, ni con la violencia de acciones tumultuarias se manifiesta el Espíritu de Dios. Catalina, que ya un año antes de su estigmatización había empezado su acción, que podríamos llamar pública o política, estaba poseída

de un Espíritu totalmente diverso: a los Cardenales, a los Reyes, al mismo Papa, les habla y escribe exponiendo la verdad y exponiéndola con una entereza sin par; pero juntamente con una humildad, con una sumisión y obediencia, que son otra cosa: el sello de Dios.

Al sobrino de Gregorio XI le escribe: “Creo que sería bueno que nuestro dulce Cristo *in terra*” — esta es la frecuente expresión para designar al Papa — “se libre de dos cosas que corrompen a la esposa de Cristo. La primera es el afecto excesivo que demuestra a su familia, de la que se ocupa con demasiada solicitud... La segunda es una dulzura excesiva, nacida de una extremada indulgencia. ¡Ay, ay, los miembros de Cristo se corrompen porque nadie los castiga! Hay tres vicios detestables hacia los que Nuestro Señor tiene particular aversión: la impureza, la avaricia y el orgullo que reinan entre los sacerdotes; éstos no piensan sino en los placeres y en las fiestas y se preocupan únicamente de hacer fortuna. Ven sin inquietud a los demonios infernales robarles las almas que les fueron confiadas, siendo ellos mismos lobos voraces que comercian con la divina gracia. Hay que poner orden en esto con mano firme, porque una compasión excesiva constituye a veces la mayor crueldad. Ruego a Dios que el Padre Santo reduzca al silencio su amor desmedido hacia su familia; no digo que la Iglesia sea por eso menos perseguida; pero tengo fe en el porvenir glorioso que le ha sido predicho. El bien sólo triunfará cuando la corrupción haya llegado al colmo”.¹⁴ Efectivamente, poco después de

12. O. c., lib. 1, c. IV, p. 152.

13. *Ibid.*

14. O. c., lib. 2, c. IX, p. 265-266.

11. O. c., lib. 2, c. VI, p. 193.

Alejandro VI, bajo León X empezó la apostasía que separó de la unidad de la Iglesia a media Europa y preparó aquel siglo en que el Concilio de Trento y una legión de Santos dieron a la Iglesia un impulso del que todavía vivimos hasta ahora, cuando parece que se dibujan en el horizonte los rasgos de otro período histórico.

Por esto resulta sumamente aleccionador el proceder de Santa Catalina, ella que era la enviada de Dios ante Reyes, Cardenales y Papas. Por ello habla con tanta seguridad de sí misma; pero siempre con esta firmísima confianza y entrega a la Esposa de Cristo, la Iglesia Católica, regida por el sucesor de Pedro; siempre con esta absoluta obediencia y amor a ella y al Pontífice a quien llama a veces "Babbo, Babbo mio" y "dolce Cristo in terra".

Cuando se sublevó Bernabó Visconti y en 1373 el Papa excomulgó a Bernabó y Galeazzo, escribe a éstos para exhortarlos a la humildad y sumisión: "Aun cuando el Papa fuese un demonio encarnado, no debería levantar la cabeza contra él, sino inclinarme ante su autoridad y pedirle esa sangre de la que no puedo participar de otro modo. Y por eso os suplico que no os rebeléis contra vuestro jefe. Rechazad las instigaciones del diablo que os sugiere ser deber vuestro combatir a los malos pastores de la Iglesia. No le creáis y no tratéis de juzgar lo que no os concierne. Nuestro Salvador lo prohíbe; ha declarado que eran sus ungidos y no quiere que ninguna criatura ejerza una jurisdicción que se ha reservado a sí mismo".^{14 bis} Muy bien observa Joergensen a continuación: "Catalina va más lejos, hasta decir: 'Si los sacerdotes nos despojases de nuestros bienes, deberíamos preferir perder antes nuestros bienes temporales y la vida del cuerpo que los bienes espirituales y la vida de la gracia'. Ésta no es la opinión de Lutero ni de Wiclef, ni de los Hugonotes. No es la herejía o la rebelión la que habla así, sino la santidad dulce y humilde de corazón, obediente hasta la muerte y hasta la muerte en cruz".¹⁵

No de otra manera escribía Catalina al Gobierno de Florencia, levantado en armas contra el Papa: "El que se rebela contra nuestro Padre, el Cristo de la tierra, se halla condenado a muerte, porque lo que hacemos contra él lo hacemos contra el Cristo del Cielo. Honrando al Papa, honramos a Cristo; despreciando al Papa, despreciamos a Cristo. Vedlo bien y creed, hermanos míos, que os lo digo con pena y gemidos. Por vuestra desobediencia y vuestras persecuciones habéis caído en la muerte y en el odio a

Dios. Y no podéis llegar a mayor desdicha que veros privados de su gracia. Sé que muchos no creen ofender a Dios y se imaginan más bien servirle persiguiendo a la Iglesia y a sus ministros, y se defienden diciendo: son culpables y hacen mucho daño. Pero os digo lo que Dios quiere y ordena: aunque los pastores de la Iglesia y el Cristo de la tierra fueran demonios encarnados, deberíais estarles sometidos, no por ellos, sino por la obediencia que debemos a Dios, a quien representan cerca de nosotros".¹⁶

Esto de una parte; pero de otra, escribe a Gregorio XI: "¡Ay, ay! ¡dulcísimo Babbo mio, esto hace que los que obedecen se pierdan en el desorden y la iniquidad!... ¡Oh misericordia humana! Ciego es el enfermo que no ve cuál es su enfermedad; ciego es el pastor que debiera ser médico, pero que no se atreve jamás a usar del hierro de la justicia, ni del fuego de una ardiente caridad. Entonces ocurre lo que Cristo predijo: Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el abismo. Así el enfermo y el médico se precipitan ambos en la sima del infierno. Semejante pastor es un mercenario. ¿Y por qué? Porque se ama a sí mismo sin amar a Dios y no sigue a Jesús, el verdadero Pastor... Espero, pues, venerable Padre, que ahogaréis este amor propio y no os amaréis más por vos mismo... ¡Oh Babbo mio, dulce Cristo de la tierra, seguid el ejemplo de vuestro homónimo San Gregorio. Podéis hacer lo que ha hecho, pues era hombre como vos y Dios es siempre lo que era entonces; sólo os falta la virtud y el celo por la salvación de las almas... Así quiero veros. Si hasta ahora no habéis obrado resueltamente, os pido con instancia que en lo sucesivo obréis como hombre valeroso y sigáis a Cristo, cuyo Vicario sois. Nada temáis, Padre, de las borrascas que os amenazan... nada temáis: el socorro de Dios se acerca. Cuidad de colocar en vuestras ciudades buenos gobernadores y buenos pastores, porque son los malos pastores y los malos gobernantes la causa de la revuelta... Apresuraos a poned en práctica las resoluciones que con tan santo celo habéis adoptado, es decir, volved a Roma y emprended la santa y dulce cruzada. ¡Valor, Santo Padre! ¡basta de negligencia! Venid, sí; venid a consolar a los servidores de Dios, vuestros hijos; os esperamos con ardiente y tierno deseo. Perdonadme, Padre, cuanto os he dicho; la boca habla por la abundancia del corazón".¹⁷

Cuando compareció en Aviñón ante el Papa Gregorio XI el 20 de junio de 1376 fue recibida por él muy benévolamente. Pronto, leyendo en los secretos

14 bis. O. c., lib. 2, c. IX, p. 273.

15. Ibid.

16. O. c., lib. 3, c. I, p. 311-312.

17. O. c., lib. 3, c. II, p. 332-333.

de su corazón, le recordó que siendo todavía Cardenal había hecho la promesa de restituir su sede a Roma. Era otro mundo, superior, divino, el que se vislumbraba a través de sus palabras, cuando le pedía lo que ya había pedido antes Santa Brígida; como cuando le denunciaba los pecados que se cometían en su Corte por parte de tantos súbditos suyos.

Pero éstos, en la Corte, sólo veían el aspecto humano, casi diríamos el aspecto mundano, de espectáculo, que tienen los éxtasis y visiones. Cuando Catalina caía en éxtasis, había mujeres que la pellizcaban y le clavaban alfileres, para comprobar, asombradas, su insensibilidad: no veían nada más allá. Como Herodes cuando tuvo ante sí a Jesús maniatado esperando que hiciera algún milagro para asombrar a su corte, así estas mujeres sólo querían el milagro como espectáculo: eran ciegas ante lo que era señalado por el dedo de Dios.

A pesar de todo, Catalina consiguió su propósito. El 13 de septiembre de 1376 el Papa partió de Aviñón para Roma, donde llegó el 17 de enero siguiente.

Todavía aguardaban a Catalina mayores sufrimientos, la desgracia que ella misma había profetizado tiempo atrás, y que fue el Cisma de Occidente. En Urbano VI, elegido el 8 de abril de 1378, vio siempre al legítimo sucesor de San Pedro y ejerció cerca de él el oficio de consolador y confortador. Cuando fue recibida por él en audiencia, el 18 de noviembre, ya

hacía un mes que ella, recogida en las ermitas, escribió, probablemente en cinco días, del 9 al 13 de octubre de 1378 su libro "El Diálogo", que junto con sus maravillosas cartas, le han merecido con toda razón, el reconocimiento de Doctora de la Iglesia que ha proclamado Pablo VI en 1970.

Pero fue creciendo en ella el intenso sufrimiento, el sufrimiento por la Iglesia. Aquella "hambre de almas" que antes experimentaba, tenía también ahora un fuego: ¿Qué es mi naturaleza, se pregunta en una de sus oraciones de esta época? "La mia natura è fuoco", "mi naturaleza es fuego". Este fuego la consumió en una cruz que le era dulcísima.

El 16 de febrero escribía como testamento, su segunda carta a Raimundo de Capua, hablándole de la Iglesia: "Nadie puede complacerse en la hermosura de Dios, en el abismo de la Trinidad, sin la asistencia de esa dulce Esposa, pues nos es preciso a todos pasar por la puerta de Jesús crucificado, la cual no se halla en parte alguna fuera de la Iglesia. Esta Esposa da la vida porque hay tanta vida en ella que nadie puede exterminarla; da la luz y la fuerza, y nadie puede debilitarla ni oscurecerla, y yo veo que su fruto, lejos de faltar, aumenta siempre".¹⁸

Ya sólo había de legarnos su testamento, su testamento espiritual, y acabar pronto de consumirse en este fuego divino que la uniría por siempre con Aquél "que nos ama y no es amado".

VI. ME LLAMAS, SEÑOR: ¡HEME AQUI!

Poco antes de morir, los numerosos discípulos de Catalina le pidieron que les diese un testamento espiritual.

Su testamento espiritual confirma lo que decíamos al principio: que estos grandes santos son imitables en cuanto a lo que hicieron, no precisamente en cuanto al modo con que lo hicieron, que es propio de cada uno de tal modo que no hay en rigor dos hombres que en cuanto a su modo propio sean iguales; como todos los hombres tienen las mismas facciones humanas, pero los rasgos de cada uno difieren de los de otro. También Dios señala a cada hombre lo propio de su camino, dentro de la dirección general, que es la misma para todos: la del Evangelio.

Que Catalina lo comprendió así, se ve precisamente por lo que recomendó a sus discípulos. Podríamos encerrar la enseñanza de este testamento en seis puntos, que hoy nos resultan de perfecta actualidad. Los enumeraremos, añadiendo a cada uno de ellos un epígrafe:

1.º *Desprender el corazón de todo lo de este mun-*

do, para amar las cosas y personas solamente "por Dios". "Desde un principio había ya comprendido que si queremos entregarnos totalmente a Dios y poseerlo plenamente, es necesario, ante todo, emancipar el corazón y los sentimientos de todo amor sensitivo hacia las criaturas y las cosas creadas y no amar sino a Dios. Porque el corazón no puede entregarse realmente a Dios si no está libre, abierto, sin reserva, ni doblez. Y declaró que, habiéndose esforzado desde un principio en poner esto por obra, resolvió ir a Cristo por el camino del dolor".¹⁹

Efectivamente, en un fragmento inédito de Caffarini, que publica Joergensen, ya se dice: "mucho pedía a Dios que le diese esta gracia, que siempre fuese aquí atormentada por su amor. Y así sucedía que siempre se deleitaba, cuando recibía algo adverso".²⁰

18. O. c., lib. 3, c. XIV, p. 581-582.

19. O. c., lib. 3, c. XV, p. 586-587.

20. O. c., *Apéndice 2.º*, núm. 3: *Multum rogabat Deum ut daret sibi istam gratiam ut semper hic cruciaretur pro amore suo. Et ita erat quod semper delectabatur cum aliquid recipiebat adversum.*

Es el camino de la virtud, que no es otro sino el que enseñó Jesucristo: tomar la cruz en pos de Él y seguirle. Sólo que esta enseñanza y determinación, dura al principio, se hace después suavemente dulce, a medida que aumenta la intimidad con Dios. Exactamente al revés de lo que pasa con las cosas del mundo: que al principio parecen dulces y al fin son amargas y venenosas.

2.º *Fe en la Divina Providencia: nada adverso sobreviene sin que Dios, por amor lo destine a nuestro bien.* “Se encontraba plena y sinceramente convencida de que cuanto había acontecido a ella o a los demás emanaba de Dios y procedía no de odio, sino del inmenso amor que profesa hacia sus criaturas”.²¹

3.º *La obediencia, camino de salvación y de virtud.* “En estos pensamientos concibió aquella santa, amorosa y pronta obediencia a la voluntad del Altísimo y de sus superiores, considerando que las órdenes de estos últimos procedían de Dios, encaminadas ya a su salvación, ya al crecimiento de la virtud en su alma... Y añadió: Por la misericordia de Dios, no he pecado nunca en esta materia”.²²

4.º *Necesidad de la oración.* “Después dio a entender que Dios la había hecho ver que no podía alcanzar la perfección ni adquirir la menor virtud sin el auxilio de una humilde, fiel y continua oración. La oración es una madre que concibe y alimenta en el alma todas las virtudes; sin ella, todas se debilitan y son de corta duración”.²³

5.º *Abstenerse de todo juicio contra el prójimo.* “Afirmó además — prosigue un viejo relato — que para adquirir la pureza de espíritu es absolutamente indispensable abstenerse de todo juicio acerca del prójimo, así como de comentarios inútiles sobre sus actos. Nunca se debe considerar en las criaturas otra cosa que la voluntad de Dios. No debemos, por ningún pretexto, juzgar las acciones de las criaturas y sus motivos, declara con energía. Aunque viéramos actos que sabemos son pecado, en realidad debemos abstenernos de juzgarlos; antes bien, debemos experimentar una sincera y santa compasión, que ofreceremos a Dios mediante una oración piadosa y humilde”.²⁴

Esta enseñanza es tanto más asombrosa, cuanto más difíciles y hasta inverosímiles fueron los hechos que Catalina presencié en el disoluto ambiente del siglo xiv.

6.º *No escandalizarse por nada.* “Decía que, a despecho de las persecuciones, de los ataques, de las ca-

lumnias, de la injusticia, de la malicia, ya en palabras o en obras, cuyos efectos hubo de sufrir, siempre pensó que el que así hablaba o procedía, lo hacía por caridad para con ella por celo de la salvación de su alma. Así daba gracias a la infinita bondad del Todopoderoso que le había concedido luz suficiente para librarse de inclinación tan funesta como la de juzgar al prójimo”.²⁵ Por ello se entregaba confiadamente a la Providencia Divina, en vez de hacer como tantas veces hacemos los hombres, que en vez de cooperar con los medios que ella deja a nuestro alcance, parece nos empeñamos en ser Divina Providencia: “Hijos míos, amad, pues, a esa dulce Providencia que no abandona nunca al que espera en ella y vela particularmente sobre vosotros”.²⁶

A ello añadió cuál había sido su pasión dominante desde 1373, fecha de sus primeras cartas políticas: “Después de lo cual les habló de la reforma de la Iglesia, asegurando que desde hacía siete años, esa ambición había sido su pasión dominante y la causa principal de sus sufrimientos”.²⁷ Y añadió: “Muerdo ahora, porque he inmolado y ofrecido mi vida por la Iglesia santa, lo que considero como una gracia particular”. Y añadió todavía que estaba no obstante dispuesta a dar su vida mil veces cada día, si Dios lo quería: “por el honor de su nombre y la salvación del prójimo”.

Catalina calló. Tommaso di Petra apuntó las últimas frases.

Cuando iba a morir exclamó: “Me llamas, ¡oh, Señor!, heme aquí. Voy a Ti, no por mis méritos, sino gracias únicamente a tu misericordia que por tu sangre imploro”.²⁸

Después de esto exclamó varias veces: “¡Sangre! ¡Sangre!” Había sido como el lema de su vida, que tantas veces sale en sus escritos: la sangre redentora, que Dios por amor nuestro, derramó en la cruz. Ya no le quedaba sino añadir, como el Redentor: “Padre en tus manos encomiendo mi espíritu” e inclinar su cabeza. Pero quedó “aliquantulum subridens”, como nota un biógrafo de la época: “un poco sonriente”, prenda de una nueva vida, inexpresable, que la aguardaba para siempre.

Terminé de leer con esto, el libro. Al cerrarlo, me preguntaba: pero ¿no será una historia de hoy, siglo xx? No; se trataba exactamente de lo acaecido el domingo 29 de abril de 1380.

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.

21. O. c., lib. 3, c. XV, p. 587.

22. O. c., ibid. p. 588.

23. Ibid.

24. O. c., lib. 3, c. XV, p. 589.

25. Ibid.

26. Ibid., p. 590.

27. Ibid.

28. O. c., lib. 3, c. XVI, p. 602.

TRETZENA ESTACIO

Jesús mort, als braços de la seva Mare

Mireu el fill amat de mes entranyes!
La vida que amb amor jo li doní,
me li han llevada!

Mireu-lo, mort aquí per mans estranyes,
perque tots els seus amics, com covards,
l'abandonaren!

Mireu-los, els seus braços amorosos,
que enlairaven els infants i els abraçaven,
ja no s'aixecan!

Mireu les mans que tant han beneit!
Quan per mí, feu de l'aigua vi de noccs,
bella substància!

Quan la del calze deixà en ma sang,
en la sang que li doní i Ell feu divina,
transsubstanciada,
i el pa, per confortar als que l'escoltaven,
repartit generòs tantes vegades!
Son foradades!

Son Cor que de la vídua es compadí,
i el portà al paralític sense amics,
ja no batega!

Els llavis que tan tendres em bessaven,
que, en creu, amb agra vi me li mollaren,
ara son secs!

Els meus ulls anyoren sa mirada,
la d'aquells ulls que ja desde Betlem,
tan em miraren!

Els del fill, que la vista als cecs tornava,
que al veure l'amic mort, també ploraren,
son sense llum!

L'oída que més pregàries escoltava,
la d'Ell, que fins la veu als sords tornava,
sols sent silencis!

La que sentí al cec de la vorera,
quan altres sols miraven si callava,
no sent com ploro!

Mireu la Majestat de sa presència,
que entre enemics a mort, airòs pasava!
Mireu-la aquí!

La que buidà el Temple de bandits,
i el mar i els vents i els llamps apaivagava,
és adormida!

La que dient "Sóc Jo" tirava a terra!
Mireu-la aquí, damunt dels meus genolls,
desmoronada!

Més encara que amb l'ànima transida,
no oblideu ses paraules d'esperança,
fills del meu doll!

Ens té promés que aviat tornarà a vida,
i tan Ell com jo, ja de molt abans,
us perdonarem.

Barcelona, febrer de 1971

M. M. DOMÈNECH

EL CORAZON TRASPASADO, Y EL MINISTERIO DE CRISTO Y DE LOS CRISTIANOS

Cristo Nuestro Señor murió en la Cruz; y muriendo en la Cruz, dio su vida por nosotros. Murió Él para que nosotros no muriéramos eternamente; y dio su vida para que nosotros tuviésemos vida: la de Él, vida participada de la de Él, la vida sobrenatural y divina de la gracia en la peregrinación terrestre, y vida de gloria en la Patria bienaventurada.

Pero, después de esto, quedaba oculto e impenetrable este gran misterio: cómo siendo Cristo lo que era, y siendo nosotros lo que somos, hubiese querido morir para que nosotros no muriésemos por siempre; y siendo tan sumamente preciosa su vida, la hubiese dado por quienes le habíamos de corresponder tan mal, con tan increíble olvido e ingratitud, y aun con ofensas e injurias innumerables.

Y no quiso Cristo Jesús que permaneciese oculto e impenetrable este gran misterio; sino quiso se nos hi-

ciese patente, se nos revelase con clara y magnífica revelación. Y a este fin, dispuso que, después de muerto en la Cruz, fuese atravesado su pecho por la lanza del soldado; y así fuese traspasado y abierto su Corazón; para que en su Corazón traspasado y abierto tuviésemos la plena revelación del misterio de su vida y de su muerte; una y otra por nosotros y para nuestro inmenso bien.

Ni sólo esto; sino que también quiso que en su Corazón traspasado y abierto tuviésemos la luminosa explicación y aun la más completa revelación del misterio de la vida cristiana: de nuestra muerte espiritual, para nuestra vida espiritual.

Es cosa soberanamente hermosa, y será grandemente útil contemplar ambas revelaciones: la del misterio de Cristo, y la de nuestro propio misterio cristiano, en el Corazón traspasado de Cristo.

I. EN EL CORAZON TRASPASADO DE CRISTO, LA REVELACION DE SU VIDA Y DE SU MUERTE

1.º Oigamos la palabra de Dios. — Nos dice San Pablo: “Cristo nos amó; y se entregó a Sí mismo por nosotros” (Eph., 5, 2); “Cristo amó a su Iglesia; y se entregó a Sí mismo por ella” (Eph., 5, 25); “Cristo me amó a mí; y se entregó a Sí mismo por mí” (Gal., 2, 20).

En los tres pasajes de San Pablo se repite un mismo hecho, una misma realidad: la entrega que de Sí mismo hizo Cristo: universalmente por todos los hombres; preferentemente por su Iglesia; individualmente por cada uno de nosotros: por mí. Entrega que fue a una vida, toda de Cruz; y a una muerte en el tormento de la Cruz. Y en los tres textos Paulinos, un mismo y único motivo; una sola explicación o revelación: el amor de Cristo. Sí; se entregó por todos, porque nos amó a todos; se entregó por su Iglesia, porque amó a su Iglesia; se entregó por mí, porque me amó a mí.

Consuena con San Pablo el Discípulo amado, San Juan, que nos dice lo mismo: “Cristo nos amó; y nos rescató de nuestros pecados con su sangre, e hizo de nosotros un reino” (Ap., 1, 5); la misma realidad, y el mismo motivo: el amor de Cristo.

Así, pues, según la palabra de Dios, el amor de Cristo es la total explicación, la plena revelación del misterio de su vida y de su muerte: su perfecto y heroico sacrificio de obediencia, para redimirnos o rescatarnos; y así merecernos la eterna salvación, si nos adheríamos a Él por la fe y el amor a Él mismo; y de este modo, llevarnos a la eterna salvación que nos había merecido;

o sea a la participación completa y perpetua de la vida Trinitaria de Dios; y, consiguientemente, a la participación de la misma inmensa y eterna felicidad de Dios.

2. Ahora bien; en todos los tiempos y en todas las lenguas, el amor se simboliza en el corazón. Es el corazón humano el símbolo connatural y universalmente expresivo del amor del hombre; ni tan sólo de su amor, sino también de nuestra vida interior, movida e impulsada por la gran fuerza del amor; es decir, la vida moral y práctica, la vida de pensamientos y afectos, de sentimientos y tendencias; la cual siempre es movida por el amor, por el amor ordenado para el bien y la virtud, ya por el amor desordenado, ya para el mal y el pecado.

Pero si así es en todas las lenguas y literaturas, mucho más en la lengua hebrea, que es la lengua del corazón; y en la literatura hebrea de la Biblia, donde la palabra que más se repite es la palabra “corazón”.

Y es cosa muy notable que siendo Dios Espíritu purísimo, y que por lo mismo, al no tener cuerpo, no tiene corazón; es decir, corazón físico; sin embargo el mismo Dios, en los Sagrados Libros, nos habla muchas veces de su Corazón; de los designios y pensamientos de su Corazón; de los afectos de su Corazón. Prometió Él mismo que su Corazón estaría en el Templo de Jerusalén todos los días (3 Reg., 9, 5); y cuando manifestó a su profeta Samuel la elección que había hecho de David para que fuese Rey de su Pueblo, le dice que se ha escogido un varón según su Corazón (1 Reg., 13, 14). Y así

en innumerables textos bíblicos. En resumen, el Espíritu Santo inspiró a los autores sagrados que expresasen toda la vida interior de Dios y la de los hombres, movida por el amor, con la palabra "corazón"; y así resulta cosa evidente que "corazón" es la expresión bíblica, el símbolo escogido por Dios, para expresar el amor, y toda la vida interior, divina y humana, movida e impulsada por la fuerza del amor.

Ahora bien; Cristo Jesús, le Hijo de Dios hecho Hombre, el Hombre-Dios sí que tiene ya Corazón real y verdadero, Corazón físico. Es, pues, el Corazón de Cristo el símbolo connatural, según el modo de hablar de todas las lenguas; y la expresión eminentemente bíblica, conforme al uso de los Libros Santos, de su amor divino y humano; y también de toda su vida interior, movida e impulsada por su amor, por la gran fuerza de su inmenso amor al Padre, a todos los hombres, a su Iglesia, a cada uno de nosotros.

3. Más aún; también en todas las lenguas y literaturas, cuando una persona tiene un amor muy fuerte y vehemente, un amor muy profundo y avasallador, se dice de eall que está herida, llagada de amor. Lo mismo en la Biblia; y así, por ejemplo, le dice el Divino Esposo a su amada Esposa: "Has llagado mi Corazón, amada mía, esposa mía; has llagado mi Corazón" (Cant., 4, 9).

Y ¿quién nos ha amado con un amor más fuerte y profundo, que nuestro amantísimo Redentor, Cristo Jesús? Tuvo Él, pues, su Corazón llagado de amor; el amor con que nos amó le llagó el Corazón.

Mas esta llaga era invisible; la tuvo Él recóndita y escondida, durante toda su vida, desde la Encarnación hasta la muerte en la Cruz; y por lo mismo estaba oculta la explicación de su vida y de su muerte. Y para que se nos hiciese visible y patente la llaga del amor con que nos amó, y por tanto se nos revelase el misterio de su vida y de su muerte, dispuso que su Corazón fuese traspasado con la lanza del soldado, para que por la llaga visible, que fue la obra de nuestros pecados, se nos manifestara la llaga invisible de su amor.

Así lo expresó hermosamente, en plena Edad Media, el Seráfico Doctor San Buenaventura: "Para esto fue llagado tu Corazón en la Cruz; para que por la llaga visible viésemos la llaga invisible de tu amor. Y en verdad, ¿cómo este ardor de caridad pudo mejor ser manifestado, sino por el hecho de que no sólo el Cuerpo, sino también el Corazón mismo permitió que fuese herido por la lanza? Así, pues, la llaga carnal muestra y hace patente la llaga espiritual" (De Vite Myst., c. 3). Es lo mismo que en bella estrofa canta la Liturgia en la Fiesta del Sagrado Corazón: "Te vulneratum caritas - Ictu patenti voluit, 2- Amoris invisibilis - Ut veneremur vulnera". Es decir: quiso tu amor de caridad que con herida patente fuese llagado tu Corazón, para que por ella venerásemos la llaga invisible de tu amor, la que te hizo tu amor a nosotros.

4.º Así, pues, el misterio de la vida y de la muerte de Cristo se nos revela por el amor de su Corazón traspasado.

Mas, ¿es ya completa esta revelación? Si bien lo pensamos, todavía no del todo. ¿Por qué? Sencillamente, porque aún nos cabe preguntarnos: ¿Y por qué nos amó tan inmensamente Cristo, que por el amor que nos tuvo se entregase a una vida que fue toda de Cruz, y a una muerte que fue el tormento de la Cruz? ¿Qué motivo le dimos, o qué vio en nosotros, que le indujese a amarnos tanto, y con tan increíble amor?

Porque la verdad es que se ama lo que es hermoso, lo que es bueno, lo que es perfecto; atraen nuestro amor la amabilidad, los encantos de la persona; amamos a los que nos aman, amamos a los que nos quieren bien y nos hacen bien; amamos a los que corresponden a nuestro amor y a nuestros favores y beneficios. Y ¿qué había de todo esto en nosotros, qué vio de todo esto Cristo en los hombres, para que nos amase con tan inconcebible amor? Más bien vio todo lo contrario; pues nos vio manchados con la fealdad de nuestros pecados; nos vio olvidadizos de su amor y de sus beneficios; nos vio miserablemente ingratos con negra ingratitud; y vio que a su amor y a sus dones, a su entrega y a su sacrificio por nosotros, le habíamos de corresponder con injurias y ofensas. Pues, entonces, repetimos, ¿por qué nos amó?

¡Ah!, si el misterio de su vida y de su muerte se nos revela por el amor de su Corazón, ya el amor de su Corazón se nos revela por la humildad de su Corazón, que nos está como diciendo a voces su Corazón traspasado.

Oigamos a San Pablo, que nos da la clave completa y definitiva del gran misterio de Cristo: "Se humilló a Sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz" (Phil., 2, 8). Es decir: el alma de Cristo, ya en el primer instante de su vida humano-divina, en la Encarnación, y por todo el decurso de su santísima vida, vio la verdad, toda la verdad de las relaciones de la creatura con su Creador; vio que a la infinita Majestad de Dios, y sólo a ella, se le debe todo honor y toda gloria. Vio, en segundo lugar, el alma de Cristo que ella con su Cuerpo, o sea su Humanidad, había sido elevada, enaltecida y encumbrada, por el inmenso amor y sumo beneficio de la Divina Bondad, a la altura suprema de la unión personal con el Verbo de Dios; de manera que si era verdad, como lo era, que Dios era ya Hombre, por lo mismo también era verdad que el Hombre era Dios; aquél Hombre, Jesús, era Dios; y que por lo tanto, debía sumo amor y agradecimiento a la Divina Bondad. Y vio, en tercer lugar, que la plenísima glorificación que debía al Padre, lo mismo que su perfectísimo agradecimiento, no podían ser de otro modo sino por su total sumisión a la voluntad del Padre.

Al ver todo esto, al ver toda la verdad, se abrazó con la verdad; y como la humildad es la verdad, en frase de Santa Teresa de Jesús, vivió siempre en la humildad.

Pero esto, era todavía, por decirlo así, humildad de entendimiento; y Cristo hizo más pues se abrazó plena y amorosamente con todas las consecuencias de la verdad; y como la verdadera humildad, según enseña Santo Tomás de Aquino, consiste en la sumisión, se sometió

Cristo, con entrega perfectísima, con sujeción perpetua, al cumplimiento de toda la voluntad del Padre.

Y viendo que esta voluntad del Padre era que nos recibiese a todos los hombres como hermanos, nos amase como hermanos, y nos mostrase su amor redimiéndonos por la Cruz, para salvarnos eternamente; entonces, con el mismo ímpetu de amor con que se había entregado al cumplimiento de toda la voluntad del Padre.

Y viendo que esta voluntad del Padre era que nos recibiese a todos los hombres como hermanos, nos amase como a hermanos, y nos mostrase su amor redimiéndonos por la Cruz, para salvarnos eternamente; entonces,

con el mismo ímpetu de amor con que se había entregado al cumplimiento de toda la voluntad del Padre, se volvió hacia nosotros; y por humilde obediencia al Padre, nos tomó como hermanos, nos amó como a hermanos, y se ofreció y entregó a redimirnos por la Cruz, para salvarnos.

Así, el amor de su Corazón a los hombres se explica por la humildad de su Corazón; y este amor de humilde obediencia al Padre, es ya la explicación definitiva, la revelación perfecta del misterio de la vida y de la muerte de Cristo; revelación que se nos hace patente en su Corazón traspasado.

II. Y CON EL MISTERIO DE CRISTO, EL DE LOS CRISTIANOS

Sí; también en el Corazón traspasado de Cristo se nos revela el misterio de los cristianos; el misterio de la vida cristiana; el cual no tiene explicación verdadera y satisfactoria sino en el corazón abierto del Divino Redentor; mas en él tenemos la explicación plena y la revelación completa de lo que es, de lo que debe ser nuestra vida cristiana. Veámoslo.

1.º Realmente, la vida de los cristianos es un ministerio, pues es una participación viva y constante del Misterio Pascual de Cristo. Nuestra vida cristiana es una muerte espiritual, para una vida espiritual; es vivir muriendo al pecado, y como quien está muerto al pecado; empero esto, para vivir a Dios, por Cristo, con Cristo y en Cristo. La vida cristiana es el continuo paso o tránsito (pascua), que con el Señor Jesucristo hacemos, de la muerte del pecado a la vida de la gracia; para que después, nuestra misma muerte corporal sea nuestra "pascua", nuestro paso o tránsito, con el Señor Jesús, de la muerte temporal a la vida eterna; del mundo al Padre. ¿No es todo esto, ciertamente, un gran misterio?

2.º Este misterio cristiano se inicia cuando comenzamos nuestra vida cristiana, en el santo Bautismo. Nadie lo ha expuesto mejor que San Pablo: "¿Ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, en su muerte fuimos bautizados? Consepultados, pues, fuimos en Él, por el bautismo, en orden a la muerte, para que, como fue Cristo resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una nueva vida. Porque si hemos sido hechos una cosa con Él, por lo que es semejanza o participación de su muerte, pero también lo seremos por lo que lo es de su resurrección... Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con Él; sabiendo que Cristo, resucitado de entre los muertos, no muere ya más; la muerte no tiene ya señorío sobre Él; porque eso que murió, al pecado murió de una vez para siempre: mas eso que vive, vive para Dios. Así también vosotros haceos cuenta que estáis muertos para el pecado, pero vivís para Dios en Cristo Jesús" (Rom., 6, 1-5; 9-11). Notemos que la expresión "bautizados", al recibir la significación técnica y específicamente cristiana, no se despojó de su significación etimológica de "sumergirse". En realidad, queda el cristiano

como sumergido en Cristo y en su muerte; místicamente compenetrado con Cristo, y muerto espiritualmente con Cristo, muerto al pecado. Y el "sumergirse" del bautismo sugiere a San Pablo la idea de sepultura, la cual, completando la idea de muerte, sirve, además, como en Cristo, de punto de partida de la resurrección. En el bautismo, el cristiano muere al pecado, mas para resucitar con Cristo a la vida divina de la gracia.

3.º Iniciado en el bautismo el gran misterio cristiano, el misterio de la vida propia del cristianismo, el de la vida cristiana, hemos de vivir nuestro bautismo; es decir, tan pronto como llegamos al uso completo de la razón, y conscientes de nuestra fe cristiana, hemos de vivir voluntaria y amorosamente según la ley de nuestra vida cristiana, que es el misterio perenne del cristianismo.

Esta ley la expuso así San Pablo: "Si con Cristo morimos, también con Él viviremos; si constantes sufrimos, también con Él reinaremos" (2 Tim., 2, 11). Y esta ley fundamental de la vida cristiana la repite el gran Apóstol con palabras clarísimas; v. gr.: "Si vivís según la carne, moriréis (con la muerte del pecado); mas si con el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis (la vida de la gracia, la vida cristiana)" (Rom., 8, 13). En la Carta a los Colosenses añade: "Si resucitásteis con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios; aspirad a las cosas de arriba, no a las que están sobre la tierra; porque moristeis; y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Col., 3, 1-3). Y saca el Apóstol la consecuencia: "Mortificad, pues, los miembros terrenos: fornicación, impureza, concupiscencia mala, y la codicia, que es como una idolatría" (ib., v. 5). Y en la 2.ª Carta a los Corintios nos dice, describiendo cuál ha de ser la vida cristiana: "Siempre llevando por doquiera en nuestro cuerpo el estado de muerte de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste aun en nuestro cuerpo" (2 Cor., 4, 10).

Tal es, sin ambages, la ley fundamental de la vida cristiana, en la que se detiene el misterio cristiano; y para que vivamos todos según esta ley fundamental, y amarnos a cumplirla, nos propone San Pablo el ejemplo de Cristo, y lo que debemos a su amor: "Hermanos:

nos apremia el amor de Cristo, al considerar que si uno murió por todos, todos murieron. Cristo murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí mismos, sino para el que murió y resucitó por ellos... El que vive con Cristo es una creatura nueva" (2 Cor., 5, 14-17).

4.º En verdad, repitámoslo, la vida de los cristianos, si la viven, como deben vivirla, pues para vivir en esa forma santa están llamados todos con universal vocación, según recientemente nos lo ha enseñado el Concilio Vaticano II, en el Cap. V, "Universal vocación a la santidad en la Iglesia", de la Constitución "Lumen gentium", es un misterio, un gran misterio: morir para vivir; por la muerte llegar a la vida; por la muerte al pecado alcanzar la vida de la gracia. En una palabra, no vivir de nosotros, por nosotros y para nosotros; mas todo esto, a fin de vivir de Cristo, por Cristo, y para Cristo.

Vivimos de nosotros, cuando nos dejamos guiar por nuestro propio juicio y nuestros propios criterios, siguiendo los criterios paganos o semipaganos del mundo; vivimos por nosotros, cuando movidos de nuestro propio amor desordenado, estribamos y confiamos en nuestras propias fuerzas, como si con ellas lo pudiésemos todo; y vivimos para nosotros, cuando vivimos para hacer nuestra propia voluntad, tantas veces contraria a la de Dios, o distinta de la de Dios, y para la satisfacción de nuestros propios intereses, gustos, y aficiones, prescindiendo de los intereses de Dios, y aun contrariándolos.

Pues bien, en vez de todo esto, y muriendo a todo esto, la vida cristiana es vivir de Cristo, por Cristo y para Cristo; es decir, vivir según sus criterios y sus enseñanzas; fortalecidos por el poder soberanamente eficaz de su gracia; y para sus santísimos intereses, que son los de nuestra eterna salvación y la de nuestros hermanos, todos los hombres.

Y ¿no es todo esto, un gran misterio?

Pues bien; esta vida, la verdadera vida cristiana, tan misteriosamente excelsa, y, a la vez, tan misteriosamente difícil a las propias fuerzas humanas, no puede ser sino obra de un verdadero y entrañable amor a Jesucristo; un amor de humilde obediencia, en correspondencia al amor de humilde obediencia del Corazón de Cristo.

5.º Mas, ¿dónde y de qué manera conseguiremos y poseeremos esta gran fuerza de este gran amor, de suerte que, como decía en cierta ocasión un venerable Prelado, todo el problema de la vida cristiana, "por la muerte a la vida", se resuelva en un problema de amor a Jesucristo, se explique y se revele por este amor?

Y todavía este misterio de la vida cristiana se nos presenta más profundo, y por lo mismo el problema de su explicación nos resulta más grave, si tenemos presentes otras realidades de nuestra misma vida cristiana, las cuales piden de nosotros que busquemos esa gran fuerza de ese gran amor a Cristo.

¿Cuáles son? a) que siendo Dios caridad, "Deus caritas est" (1 In., 8), no puede ser adorado y servido sino con amor, por amor. Lo dice hermosamente San Agustín: "Deus non colitur nisi amando"; b) además, que como

el justo vive de fe, como se nos dice en la Sagrada Escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento; y la fe obra por la caridad, como lo atestigua San Pablo, tan sólo tiene vida verdadera, vida cristiana, tan sólo propiamente vive el que vive del amor de caridad, que vivifica la fe; c) en tercer lugar, que siendo la caridad el fundamento y la raíz de toda nuestra vida cristiana, no subsiste sin ella el edificio, no da frutos el árbol de la vida cristiana; d) y, por último, y sobre todo, que habiéndonos dado Dios el gran precepto del amor de caridad, como el mayor de sus preceptos, en el que se resumen todos los demás, y con cuya sola fuerza podemos cumplir bien los demás, clara cosa es que el mayor bien que hemos de desear y buscar es el don divino del amor de caridad, para cumplir su gran precepto, con él y por él todos los demás, y así glorificarle como Él quiere ser glorificado, y como lo fue el Hijo de su Amor, Jesucristo.

Por eso, volvemos a preguntarnos: ¿dónde hallar esta gran fuerza del amor de caridad?

Ciertamente que no, de ninguna manera, en nosotros mismos, aunque sientan y digan lo contrario los que en nuestros días se dejan incautamente influir por infiltraciones de los errores protestantes, que renovaron los antiguos errores pelagianos y semipelagianos; aquellas falsas doctrinas, que desconociendo y aun negando las consecuencias y efectos del pecado original, inculcando excesivamente la propia responsabilidad, y desorbitando los fueros de la persona humana, llegaban a no ver en nuestra actividad moral más que el ejercicio de nuestra sola potente voluntad. Además, exageraban las fuerzas de la sola naturaleza humana, y admitían la libertad completa de nuestras determinaciones y la espontaneidad de nuestros actos, sin nada externo o interno que vulnerando nuestra voluntad, torciese sus acciones. Todo esto llevaba a subestimar la necesidad de la oración y a menospreciar el papel de la gracia divina para las obras buenas, desconociendo desdichadamente el elemento sobrenatural, que es la causa primera y el resorte indispensable de toda acción virtuosa que haya de ser merecedora de vida eterna.

De todo esto hay mucho, por desgracia, en los libros, revistas, conferencias y aun homilias junto al santo Altar, en nuestros días; por donde se echa de ver que quienes así hablan o escriben, han vuelto, más o menos, a una moral laica, voluntarista, meramente natural y humana; todo lo contrario del espíritu cristiano.

No, no en nosotros mismos hemos de buscar la energía, soberanamente poderosa, del amor de caridad; la hemos de buscar y la encontraremos en el Corazón traspasado de Cristo. En Él tenemos el motivo, el ejemplo y la fuente del verdadero amor de caridad.

En primer lugar, el motivo de nuestro amor, el estímulo para corresponder a su amor, amándole porque Él nos ha amado y nos sigue amando. También en Él tenemos el modelo y el ejemplo de nuestro amor, amándole como Él nos ama. Y finalmente la fuente de nuestro amor, pues como canta la Iglesia en el Prefacio de la

EL FERMENTO*

“Es semejante el reino de los cielos a un poquito de fermento, que, habiéndolo tomado una mujer, lo introduce en tres medidas de harina, hasta que todo queda fermentado” (Mt. 13,33).

En la Escritura se nos habla de dos fermentos, que se disputan las almas: el fermento diabólico, y el fermento de Cristo. Corresponden a las dos simientes mencionadas por primera vez en el Protoevangelio: “Enemistades pondré entre ti y la Mujer, entre tu descendencia y la suya; ella quebrantará tu cabeza, y tú morderás su calcañar” (Gn. 3,16).

Jesús nos exhorta a guardarnos del fermento diabólico: “Guardaos del fermento — es decir, de la doctrina — de los fariseos y de los saduceos” (Mt. 16,6 11,12); el fermento es la doctrina errónea (Mt. 16,12), cuyo origen o fomentador es siempre el demonio, padre del error y de la mentira (Juan 8,44); y de esas doctrinas erróneas ha de guardarse el cristiano si no quiere perder, tras perder su fe.

Por poco que se dé entrada al error, la fe se disolverá. Por eso dice San Pablo: “¿Ignoráis, acaso, que un poquito de fermento corrompe toda la masa?” (1 Cor. 5,6; Gál. 5,9).

Así, en la misma medida en que uno da entrada al error y sugestión diabólica, no sólo se corrompe él, sino que, como fermento que está en medio de la masa humana, se convierte en principio de corrupción para los demás. La presencia de ese fermento diabólico en la Iglesia de hoy ha sido advertida claramente por Paulo VI, que este mismo año nos habló del fermento de cisma presente en medio de la Iglesia, y hace pocos años, en su discurso a la asamblea de obispos italianos, del espíritu de voráGINE o confusión al que parece haber entregado Dios a la humanidad actual. El aviso, pues, de Cristo y de San Pablo, exhortándonos a evitar todo contagio con el fermento diabólico, con las doctrinas y enseñanzas que Satanás difunde por medio de su descendencia, es de suma actualidad.

Pero también existe el fermento de Cristo, tanto más eficaz que el del demonio cuanto la eficacia de Dios supera a la de su creatura; por eso el triunfo de Cristo está asegurado, pese a todas las apariencias momentáneamente contrarias.

Ese fermento es, en primer lugar, la misma Persona de Cristo, sustancial y realmente presente en todos los sagrarios del mundo, al que misteriosamente está transformando. Es fermento, también la palabra de

Jesús, su Evangelio, su doctrina. Y es fermento toda alma que cree en Cristo, y, especialmente, cuantos debidamente le reciben en la Eucaristía; esa recepción tiene el poder de transformar en Cristo, de convertir en fermento divino, a cuantos a El se acercan, por malos y corrompidos que antes fueran.

Los hijos de los profetas habían preparado un cocido con hierbas venenosas, ignorando su verdadera naturaleza; mas al probarlo se dieron cuenta y dijeron: “la muerte está en la olla”; Eliseo tomó un poquito de harina, la echó en el potaje, y éste quedó ya sano para ser consumido (2 Re. 4,38-41). Aunque toda olla de naturaleza humana esté envenenada por el pecado original y por tantos pecados personales añadidos, cuando en su interior se vierte la pequeña forma eucarística, queda libre de todo veneno, y transformada en el mismo Jesús Eucaristía que ha recibido: “El que me come a Mí vivirá por mí” (Juan 6,58): así, el que se une a Jesús Eucaristía será también fermento divino en y por Jesús Eucaristía.

La eficacia de ese fermento divino, en su triple manifestación — Cristo Persona en la Eucaristía, Cristo palabra en el Evangelio, Cristo presente y actuante en cuantas almas eucarísticamente le reciben con fe plena en El y entrega humilde — se nos describe en la parábola: “Es semejante el reino de los cielos a un poco de fermento que, tomándolo una mujer, lo mezcló a la masa, hasta que toda ésta quedó fermentada”.

Como la masa son las voluntades libres de los hombres, que han de integrarse a ese reino, sólo los hombres de buena voluntad serán asimilados; las voluntades libres que obstinada y orgullosamente resistan a la asimilación, son la descendencia de la serpiente, el fermento diabólico, que lucha con el de Cristo y le resiste; Dios quiere que cuantos se incorporen a Cristo lo hagan libremente. Por lo demás, el triunfo de Cristo está asegurado, así como la implantación de su reino al que pertenecerán todos los hombres de buena voluntad.

El proceso de esa asimilación es desconcertante. Pero la misma parábola nos lo explica, a la vez que nos declara la situación actual en que nos hallamos, y nos llena en ella de optimismo.

Cuando el puñadito de fermento se echa en la masa, ésta es masa insípida, y aquél fermento fuerte; pero a medida que se disuelve en la masa va perdiendo en su fuerza, y llega un momento en que ni el fermento aparece ya como tal, ni la masa está todavía fermentada, aunque sí influida: se ha hecho el todo una masa amorfa, ni fermentada ni sin fermentar, ni fermento ni masa.

* Del libro “La Pasión de la Iglesia”.

Pero cuando el fermento parece, así diluido, haber perdido su fuerza, sigue en toda su eficacia; es entonces precisamente cuando está próxima la hora en que toda la masa será ya fermento, y valdrá para fermentar a su vez otras masas. Y si entonces examináramos esa masa amorfa al microscopio, descubriríamos por toda ella innumerables partículas aisladas de fermento, actuantes en la masa amorfa que las rodea; es esa difusión y aislamiento, que parece anegarlas y suprimirlas, lo que extiende su eficacia y apresura la obra transformadora.

La Iglesia es el fermento de Cristo en este mundo, es el reino de Dios; prolongación de Cristo, como su Cuerpo, por ella actúa Cristo, por ella se comunica al mundo; por ella se hace presente Cristo Persona en todos los sagrarios del mundo; en ella y por ella se conserva y comunica la Palabra de Dios, Cristo Jesús y su Evangelio; en ella se unen las almas con Jesús Eucaristía, con fe total a su palabra y entrega sin reservas a su voluntad.

Mientras la Iglesia se mantuvo aislada, conservó su fuerza, como la conserva el fermento aislado. Pero en el mundo de hoy se han abierto las comunicaciones, el intercambio de ideas; una idea emitida en China o en la India llega a nosotros en el mismo día en que se enunció, y lo mismo sucede con las enunciadas aquí por nosotros. El pensamiento católico es exigua minoría en la humanidad; parece como ahogado y desvahido, aunque esté en algún modo presente en todas partes y en todos los pueblos, así como el de los demás no cristianos está presente en nosotros. El resultado es una aparente debilitación de la palabra de Dios, de la misma Iglesia como fermento; y, en la humanidad, una masa amorfa que participa de principios cristianos y no cristianos en confusión.

Añádase que los medios de comunicación están, por lo general, en manos del mundo, enemigo de Cristo.

Pero el principio cristiano es Cristo mismo, Él es el fermento presente en su Iglesia; su eficacia supera a todos los fermentos contrarios diabólicos; y los medios de difusión al expandir el error, no pueden impedir que a la vez se difunda Cristo mismo y su palabra. Por eso ahora estamos más cerca que nunca, pese a todas las apostasías, al instante en que Cristo asimilará a sí mismo todos los pueblos, entre los que por primera vez se halla presente. Por eso Pío XI (*Enc. Miserentissimus*) y Pío XII han visto como inminente y próximo el reino universal del Corazón de Jesús; y por eso, firmes en la fe en medio de la crisis, hemos de llenarnos de alegría, pregustando el cercano triunfo de Cristo, y la hora en que todos los pueblos e individuos se someterán con gozo a su enseñanza y se entregarán a su amor.

Como Cristo nos ha querido asociar a su obra redentora, para acelerar el advenimiento de ese Reino, es importantísimo que se multipliquen por todas partes las partículas de fermento puro: tales son las almas santas, que, unidas a Jesús Eucaristía, tienen fe plena en él y del todo se le entregan para ser instrumento de redención en sus manos; almas víctimas, cual las pedía Pío XI, que se ofrezcan acompañar a Cristo en su pasión redentora, sufriendo en, con y por la Iglesia, cumpliendo en sí lo que falta a la pasión de Cristo.

Y a esa labor se ha de dirigir toda acción sacerdotal que quiera ser eficaz, transformadora del mundo: a crear y formar esas almas santas, completamente entregadas a Dios, sin preocuparse poco o mucho de que su obra carezca de toda espectacularidad; enseñándoles todo y sólo lo que Jesús enseñó. E induciéndolas a que se pongan en manos de la Virgen María; ésta es la Mujer que ha de aplicar el fermento a la masa de harina de trigo, única fermentable, única transformable; Ella aplicará así, nuestra acción redentora donde verdaderamente sea eficaz, si en sus manos la ponemos.

Sólo en esa unión íntima y dolorosa con Jesús, por medio de María, contribuiremos al establecimiento del Reino de Cristo al que llevaremos a todas las almas de buena voluntad, transformando toda la harina de trigo legítimo, de voluntades dóciles y humildes llamadas a ser hijos de Dios. Las almas de mala voluntad, resistentes empecinadamente a Dios por orgullo, no son asimilables mientras no depongan esa resistencia libre de su orgullo; son el fermento diabólico, son la cizaña de la parábola, que crece juntamente con el trigo; mas cuando la asimilación de éste se haya logrado, la cizaña será separada y echada al fuego; los ángeles quitarán del Reino de Dios todo escándalo, todo mal y pecado.

La aceleración de ese Reino, en cuanto depende también de la cooperación humana, no depende así de los teólogos, ni de los sabios, ni de los poderosos, ni de los ricos. Depende sólo de los santos, de las almas ocultas, aisladas como partículas casi invisibles de fermento puro, que se entreguen totalmente a Dios ya sus intereses con una consagración plena, con la humildad total e instrumental que engendra la comunión eucarística en el alma enamorada; de las almas que se unan a la pasión de Jesús Eucaristía en estado de víctima para ofrecerse a sufrir cuanto Él disponga para la salvación del mundo. Y de que esas almas lo pongan todo y a sí mismas en manos de la Virgen María nuestra Madre, para que ella, que sabe cuál es la verdadera harina de trigo asimilable y transformable, y cuál la de la cizaña intransformable, aplique su acción y su eficacia a la masa de trigo, donde su acción será eficaz.

ANTONIO PACIOS, M. S. C.

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XXVI

SERAJEVO, EL JULIO DE 1914

Un mes terrible y apasionante

Ciertamente quisiéramos etxendernos y dar a gustar al lector toda la Historia — aquí sí puede decirse aquella gran frase: “L’Histoire, quel roman!” — de este tremendo mes. Pero ello nos llevaría a una longitud doble en estos artículos, ya de sí tan largos, y que si continuamos es, tan sólo, confiando en la bondad de nuestros lectores. Mas sí queremos, si algunos son curiosos del tema, recomendarles una obra, la más definitiva, exhaustiva y sólida sobre el mismos, y que hemos citado ya antes: “Los orígenes de la Guerra de 1914” debida al Senador Luigi Albertini, el mejor de los documentos que existen. El hecho de no ser totalmente imparcial (este Senador intenta justificar la poco noble posición de Italia, su patria, y no trata con ecuanimidad a Austria), no es más que una laguna, que el buen criterio del lector puede superar. Y señalemos que esta Obra, en italiano y en inglés, puede hallarse en nuestra biblioteca de SCHOLA CORDIS JESU tan conocida de todos nosotros. Tratemos brevemente cuanto ocurrió.

Serajevo

Fue en el 28 de junio de 1914, un radiante domingo, festividad de San Vito. El Archiduque Heredero de Austria, acompañado de su esposa, la Duquesa de Hohenberg (por ser su matrimonio morganático, ésta no tenía la caegoría ni tratamiento de Princesa), llegó a la capital de Bosnia, — creemos que precisamente era el día de aquél su Santo Patrón — para residir en ella durante unas maniobras militares generales. Como ya hemos explicado largamente, la Bosnia y la Herzegovina, de raza eslava, antiguas provincias turcas, habían sido, desde hacía cincuenta años, liberadas del yugo otomano y, desde 1908, incorporadas al Imperio austro-húngaro. Durante el recorrido desde la estación al Ayuntamiento, un estudiante, Nedeljko Cabrinovic lanzó una bomba contra el automóvil que conducía al Archiduque, hiriendo a su ayuda-de-campo Coronel Merizzi. Impávido el Príncipe, quiso seguir con todo el programa y las ceremonias de la recepción de que era objeto de parte de las autoridades de Bosnia y su población; poco más tarde, al regresar del Ayuntamiento, otro estudiante,

Gavrilo Princip, le disparó, a él y a su esposa, con pistola a boca jarro, produciendo casi instantáneamente da muerte de ambos.

La noticia del asesinato conmovió, naturalmente, a toda Europa. Con la mayor impudencia, en Servia, amparados por la benevolencia de su Gobierno, bullían las sociedades secretas, entre las que destacaban la famosa “Mano Negra”, la política “Narodna Obrana” por no citar mas que las principales, inspiradas todas en las logias carbonarias italianas de la época del Rissorgimento. Sociedades que agitaban las regiones eslavas del Imperio austro-húngaro (Croacia, Eslovenia, Bosnia, Herzegovina, Iliria, etc.) bajo la bandera de una unión política y nacional de todos los llamados “eslavos del Sur”, alcanzando desde Agram (Zagreb) hasta la Macedonia salonicense — y que al fin había de triunfar realizando la actual Yugoslavia. Y las que, al mismo tiempo, bajo también aquella enseña, efectuaban — y éste era el principal objetivo sectario — la labor de ataque y disgregación contra el Imperio austro-húngaro, objetivo común de todas las fuerzas revolucionarias de Europa. Los estudiantes Cabrinovic y Princip eran miembros conocidos de las citadas sociedades secretas que lo tenían todo menos de secretas, y cuyo capitoste principal — una especie de Mazzini, o de Garibaldi, según se quiera ver, sud-eslavo — era el tristemente célebre coronel Dimitrievic, otrora destacado en ocasión del asesinato, en 1903, del Rey Alejandro y de la Reina Draga (más bien afectos a los Imperios centrales) instaurando entonces la dinastía de los Karageorgevitch, enfeudada a Rusia.

Los móviles del asesinato

Muy pocos episodios de la Historia han sido, naturalmente, tan estudiados como éste, ya que fue la gota de agua que vino a desbordar el inquieto inestable mar de odios patrióticos, de plena soberbia diabólica, en que se debatían entre sí los grandes Pueblos y Potencias de entonces. Y que llevaron a la destrucción de la Europa, en lo poco que le quedaba — que ya era bien escaso — de cristiana y de civilizada. El demonio de la Soberbia y de la Ira se adueñó de nuestro viejo

Continente, y sus consecuencias han sido irremediables. Franceses, alemanes, ingleses, quisieron divinizar a su respectiva Patria, poniéndola encima del bien y del mal, con ansia de exterminar, en holocausto a ella, a sus vecinos, y sin pensar que la divinización ilegítima de una Patria, produce a su vez, por lógica, la divinización ilegítima de la vecina, y el mutuo homicidio.

Pero, como siempre, si bien la razón es, pura y simplemente, la que acabamos de señalar, esto es, la soberbia diabólica de Francia, de Inglaterra y de Alemania, empeñadas en llevar a cabo la gran carnicería, en destruir al resto del mundo con tal de instaurar su “sagrada” hegemonía (el anticristiano lema de que, “por la Patria todo, con razón y sin razón”), tal como la “nariz de Cleopatra”, se han buscado, y no poco, las razones directas del asesinato de Serajevo, como causa ocasional e inmediata del gran Conflicto.

Repitamos que lo apasionante del tema, y sus enseñanzas, nos llevarían a redactar muchísimos artículos. No tendríamos, por ejemplo, más que traducir al Senador Albertini, que no nos cansamos de citar. No tenemos, sin embargo, espacio: ni siquiera para mencionar las muchísimas hipótesis que existen. Explanemos la que entendemos ser la auténtica, quizá muy poco conocida, u olvidada hoy. Y que ofrece una ventaja: que no se puede atribuir a invención o quimera nuestra, por cuanto, en realidad, es perfectamente compatible con todas las otras — y tantas como han sido — razones que se han atribuido al trágico episodio prelude del gran Drama de 1914.

Este asesinato — como tantas tragedias — tuvo un mucho de paradójico, y de ironía del destino. Rogamos a nuestros lectores repasen nuestros anteriores artículos sobre Alemania y el Imperio Austro-Húngaro. Y sobre la enorme complejidad de este último. Y sobre el hecho de que, pese a estar tan bien soldadas, tan lealmente, Austria y Hungría — dos tan grandes y nobles países cuyo ligamen sólo pudo destruir una cruel guerra de cuatro años —, estaban, en lo político, especialmente en lo interior, en un forcejeo constante que constituía su tragedia íntima. Sobre todo del lado de Hungría.

Siempre paternal la Casa de los Habsburgo (la Casa de Austria), una de las poquísimas Dinastías de limpia historia que conosemos, decidió, hacia 1867, como hemos visto, hacer sus Estados, *duales*. Esto es, constituirse en Monarquía bicéfala. Austria y Hungría unidas casi tan sólo por unión personal del Rey-Emperador, y por cuanto al exterior afectase (defensa, diplomacia, comunicaciones, correos, etc.); con absoluta libertad, por lo demás, en lo interior. Ya hemos dicho que tan noble y acertada medida — la constitución de una Nación o Estado o Imperio que se llamaba Austria-Hungría —

perduró hasta la misma muerte, hasta la catástrofe de 1918 que lo arrastró todo.

Pero Austria poseía provincias, estados — llámese como se quiera, asimismo semiautónomos, con dietas o gobiernos muy demofílicos — eslavos, singularmente Bohemia, Moravia, etc. Hungría lo mismo: Croacia, Eslovenia, etc. Y ambas, las recién anexionadas provincias de Bosnia y Herzegovina.

Surgió, naturalmente, una magnífica idea. La de convertir la gran Corona dual, en trial. En lo futuro una águila de triple cabeza, en lugar de dos. 3 Estados unidos personalmente por el Emperador; una futura Nación o Estado llamado Austria-Hungría-Elavia, con igualdad de derechos y de autonomía. Y con tres capitales: Viena-Budapest-Praga, tres ciudades soberbias, en lo material y en la historia, dignas cada una de ellas, de por sí, de albergar a un Emperador.

Esta idea, parece, hubiera ido arraigando en Austria. Pese a tanta calumnia, ninguna casa ha sido más demofílica, más paternal que la de Habsburgo. Y a pesar de tanta fama de “imperialista” (¡), en Viena es donde halló mejor acogida. Y, según se dice, arraigó incluso en los dos Príncipes Herederos, los dos Archiduques de Austria, Rodolfo primeramente (no en vano se atribuyó a esto su tragedia de Meyerling) y Francisco Fernando después.

Mas donde no arraigó fue en Hungría. Hungría, con sus provincias eslavas, temía la instauración de la corona triple, por cuanto se hubiera hallado en alguna manera en minoría. Por ello fue en Budapest donde se “saboteó” más la feliz iniciativa. Se quería una Austria-Hungría, mas no una Austria-Hungría-Eslavia.

Pero, cosa más notable aún. De donde vino la mayor conspiración contra las nuevas ideas — y, por lo tanto, contra el Archiduque Francisco Fernando, propugnador de las mismas — fue de parte de los conspiradores eslavos.

Servia, la salvaje Servia, soñaba con instaurar — como acabó haciéndolo — la actual Yugoslavia y, bajo capa de unirse con sus “hermanos” del Norte, Croacia, Eslovenia, Bosnia, Herzegovina, dominarlos a todos. Era la idea “pan-Servia”, que había al fin, de triunfar. Y las sectas la ayudaban. Y ningún enemigo peor para la pretendida gran-Servia eslava, que los planes tan profundamente pan-eslavos del Archiduque. Precisamente por serlo tanto.

En efecto: si el Imperio Austro-húngaro hubiese concedido a las poblaciones eslavas de Bohemia, de Croacia, etc., su autonomía: ¿hubieran sido tan locas tales poblaciones de rechazarla en vistas a una entonces quimérica Checoslovaquia, o a una Yugoslavia, por ejemplo- (¡Y ya se ha visto como han ido...!). Una

Croacia, con capital en Agram, transida de cristianismo y de civilización, perfectamente homologada a la deliciosa Austria: ¿no hubiera preferido seguir manteniendo —y más aumentadas— sus libertades, su Dieta, en una palabra, verse en paridad con una Austria o con una Hungría, a unirse —aun cuando fuese con sus hermanos de raza— con los atrasados, indeseables, salvajes eslavos del Sur, los servios de Belgrado, miserables pueblos de mal vivir?

Por lo tanto, el peor enemigo que tenía la esclava Belgrado, que tenían los servios en su sueño de una gran Servia, de una Yugoslavia que se extendiese desde el mar Egeo hasta la misma Austria, no podía ser sino el Archiduque, el cual, precisamente por ser gran eslavófilo, anhelaba hacer de sus súbditos eslavos unos iguales a los propios vieneses. La atracción deliciosa de una Nación austro-húngaro-eslava sobre aquellos súbditos hubiera sido definitiva, y jamás hubieran votado por devenir vasallos de un país salvaje, como lo era, repítanoslo el de sus hermanos servios.

Había que suprimir al Archiduque. Y se le suprimió.

Y las sectas se frotaron las manos. Porque, a ellas que les tenía sin cuidado la ambición o las querellas servio-eslavas, lo que les interesaba era un gran incidente una gran provocación, un gran atentado. Y éste ya se había producido. Se tenía un pretexto para la Guerra: lo demás, ya era obra de la que cuidaría, la ambición, el “chauvinismo” inglés, alemán y francés, y las locuras de la nobleza rusa, de hacer el resto.

El pacífico Imperio Austro-Húngaro entre la espada y la pared

Si jamás una conspiración ha sido llevado con arte, fue ésta. Quién la urdió maestro con talento satánico, sabía que era indefectible que la chispa abrasase a la Europa entera. Era fatal. Como dos y dos son cuatro.

Fue inútil que la primera reacción ante la noticia del asesinato indignase a todos los hombres de buena voluntad, conscientes del carácter pacífico de la vieja Monarquía habsburgica. Inmediatamente, con trémolo bien concertado, la prensa mundial presentó a los asesinos como “héroes”, y al Archiduque como tirano que había “pagado” sus culpas. (Y no estará de más decir como anécdota, que, respetuosos de las leyes, los austriacos no condenaron a muerte a los dos estudiantes homicidas porque eran menores de edad. Y, en cambio, así ha “pintado” siempre la historia a los austriacos —los españoles también sabemos algo de estas leyendas negras, y quizá aún más—, como opresores y como tiranos).

La ingerencia, las conspiraciones, los continuos atentados ya eran, tiempo ha, insoportables, de parte de Servia, a ciencia y paciencia de las autoridades de Viena

y tal magnanimidad era ya considerada, o comenzaba a serlo, como debilidad. El Imperio austro-húngaro, por propia dignidad, no podía menos, so pena de caer en vileza —y decía Donoso que era mejor sacumbir por dignos que por viles—, que afrontar la tormenta.

Porque el viejo y pacífico Emperador Francisco José sabía de antemano que perdería. No se le ocultaba. Tras de los asesinos, estaba Servia, pero tras de Servia, por orgullo nacional, estaba Rusia —teóricamente protectora de sus “hermanos eslavos”— que no desdeñaría de sentirse, pese a la autocracia de sus “santos” Zares y de su nobleza, *herida* de que Austria *se sintiese herida* por unos asesinos. Esto fue, hablando en plata, el drama de Serajevo.

Y tras de Rusia, Francia e Inglaterra. O sea, mancomunados, los 3 grandes Imperios mundiales. La pobre Austria-Hungría, la menos fuerte de todos, sólo contaba con Alemania, en la espléndida fortaleza ésta de su enorme y admirable vitalidad, más aunque grande, un solo Imperio, al fin, contra aquellos 3 a los que, por codicia, por ambición, por sectarismo y al fin, por gregarismo, se juntaría el universo todo.

Un julio tremendo

Y aquel julio fue tremendo.

Austria-Hungría hubo de presentar un ultimatum a Servia. Huelga decir que este sólo hecho —el de ser la primera también un Imperio, siguiera y debilitado y la segunda, una pequeña nación—, ya fue comentado bastardamente por la prensa mundial, al servicio de Francia y de Inglaterra. Y comenzó el pandemonium en las Cancillerías.

La mala voluntad de las Potencias aliadas, de la “Entente” se hizo patente desde el primer momento. Más, igualmente, hemos de reconocer —no crea el lector que nos ciega una pasión contra aquellas— que la misma mala intención demostró Alemania, la cual igualmente quería la Guerra, por confiar, en su locura, de ganarla. (¿Como podía pensarlo una cabeza sana, ante una coalición como la de Rusia, Francia y Gran Bretaña unidas?). Es más: como siempre, la tontería la soberbia la pesadez tudescas obraron. Y en forma tan torpe —a los veinte o veinticinco años se había de repetir lo mismo y aún peor, con Hitler y con el estúpido nacional-socialismo—, que, entre éstas estulticia de un lado y el eterno maquiavelismo franco-inglés, de otro presto pareció que la culpa de todo era de Alemania, y que el agresor era Guillermo II. Es tal la repetida estrulticia de la política de Alemania, por desgracia, eternamente, que ha dado siempre lugar al triunfo del maquiavelismo y mala fé de sus enemigos.

Durante aquel interminable Julio, día sí y día no, Alemania provista de buena diplomacia, presionaba a Austria a lanzarse a la guerra, para echarse atrás al siguiente día. La Ballplatz — el Ministerio de Negocios extranjeros de Viena —, andaba desorientada entre unos y otros. La nobleza y el ejército rusos, esperando unos laureles que les compensasen de la anterior pérdida guerra contra el Japón, daban constantes notas de un “chauvinismo” que no podía comprender, naturalmente, el pobre esclavizado “mujik” curvado sobre la estepa.

Poincaré y Viviani, los dos Presidentes de Francia, efectuaban una visita de alianza a Rusia, y se veía “fraternizar” las levitas democráticas francesas son los flamantes uniformes de todos los grandes Duques moscovitas. Y la Flota inglesa se concentraba...

¡Cuánto odio!

No. No es verdad que todo tiempo pasado fue mejor. Jamás, ni ahora, ha existido una explosión de diabólica soberbia como en aquel 1914. Anhelaban. Lo anhelaban. Las familias francesas sólo soñaban en matar alemanes, y viceversa. Y las inglesas en que, una vez más, las del Continente se mataran por ellas unas contra otras. La Patria, convertida en diabólico ídolo, en Moloch, era el fetiche por el cual iban a devorarse entre sí los mejores Pueblos, cada uno soñando aplastar al adversario en holocausto y prez de la propia Patria. Ahora hablamos de Paz, y no sin motivo. Más, los que peinamos canas y vivi-

mos aquellas horas de 1914, aseguramos que ni ahora con el Viet Nam ni con tantas cosas, hay una explosión tan auténticamente de odio y de loco chauvinismo patrióticos como los de aquel 1914 que dieron al traste con lo poco que quedaba de Sociedad occidental y cristiana... Para hallar un odio semejante, hoy, en realidad, nos hemos de referir al irremediable que existe entre judíos y árabes. Sólo esto puede dar una idea del que existía entonces entre ingleses, franceses y alemanes.

¡Y se habla mal de los pobres chicos americanos que, sin saber bien exactamente por qué, al servicio, si se quiere, de una política más o menos infantil o desorientada, defienden una línea en Extremo Oriente que, sin aquellos “boys” ya hubiera dado paso a la invasión mundial de las hordas chinas (y en nuestras “altitudes” y “latitudes” a las soviéticas)! **Se le exige paz, cuando** en realidad nos defienden. Y, en cambio, todo es honor y prez para aquel 1914 que no vio sino el estallido homicida y soberbio de unos patriotismos perfectamente estériles que, no soñando estrechamente más que la glorificación de la propia Patria y exterminación de la vecina habían de acarrear la destrucción de Europa! Mas si-gamos en nuestro próximo artículo con este tema. La Europa de 1914 mil veces más bélica y agresiva, mil veces menos pacífica que la de ahora, todo y los espantosos actuales defectos de la nuestra.

LUIS CREUS VIDAL

JUAN BOSCH MAURI

Casi octogenario, ha entregado su alma a Dios nuestro querido amigo Juan Bosch, tan íntimamente unido a la que hemos dado en llamar “Prehistoria” de SCHOLA CORDIS JESU y, por tanto, de CRISTIANDAD.

Al iniciarse los años veinte, ya lo recordamos en su celosa actuación como Instructor de Aspirantes de la Congregación Mariana. Y figuró, desde el primer momento, en el grupo llamado Juventus inspirado por nuestro fundador el Padre Orlandis, de quien, durante mucho tiempo, fue uno de sus mayores colaboradores.

En aquella década, ya azarosa, se distinguió por sus investigaciones, totalmente personales, cerca de las crecientes instituciones y movimientos desdichadamente sectarios que pululaban en nuestra Ciudad. Quizá si sus informaciones, que en vano intentaba hacer llegar a las debidas alturas nuestro Padre, hubiesen sido atendidas, éstas hubieran estado más alerta y los acontecimientos terribles de la década de los treinta no les hubieran sorprendido en tan alto grado. Aumentaba el mérito de nuestro amigo — recordamos con fruición su aspecto tan humano, que motivaba nuestro cariñoso humorismo — su miopía, que no le impedía constituir el mejor archivo viviente que existiera en Barcelona.

Pasada la Guerra, vemos a nuestro amigo consagrado en cuerpo y alma al Apostolado de la Oración, en el cual fue el brazo ejecutor de nuestro Padre. El Corazón de Jesús habrá recompensado a su soldado sus altos servicios. Baste decir que fue el “inventor” y primer ejecutor de aquellas espléndidas “velas masivas”, auténticamente de grandes masas, que se registraron en los años cuarenta en las fiestas del Sagrado Corazón y de Cristo Rey en la Iglesia de la calle de Caspe.

No vamos a enumerar el sin fin de otras santas y beneméritas actividades en que se distinguió. Más tarde, hombre de acción, no tanto de intelectualidad, la edad y los achaques le impidieron seguir en su contacto personal con nosotros. Por esto no ha llegado a ser conocido de nuestros elementos jóvenes.

Pero ello no es motivo para que no tributemos este emocionado y cristiano recuerdo a su alto ejemplo.

Asiduo asistente a los Ejercicios que nos daba el Padre Orlandis, le oyó muchas veces reiterar su promesa, que nos hacía a todos en aquellas ocasiones, de “esperarnos, en su día, en la puerta del Cielo”. Y sabemos que, dentro de las Promesas mayores de nuestro Capitán y Señor Jesús, el Padre Orlandis habrá cumplido la suya.

EXIGENCIAS

de "l'homme nouveau" (7-2-71)

La misma palabra parece insólita. O sea, inconveniente. Manifestar exigencias ante los jóvenes, ante los estudiantes, ante los esposos, ante los patronos, ante los trabajadores, ante los sacerdotes, etc. ¿En nombre de quién? ¿Por qué? ¿Las "exigencias" no suponen un sentimiento de superioridad que no es de este tiempo? ¿O un autoritarismo inadmisibile?

* * *

Dice "Le Monde" que el número de sacerdotes que abandonan su ministerio ha ido en aumento constante durante los últimos siete años: 640 en 1964; 1.128 en 1965; 1.418 en 1966; 1.769 en 1967; 2.263 en 1968; 2.963 en 1969; 3.550 a 3.800 (previstos) en 1970. Estas cifras no corresponden más que a las deserciones "oficiales" que representan sólo dos terceras partes de las cifras totales. Es preciso, en efecto, tener en cuenta los sacerdotes que abandonan su ministerio sin pedir autorización.

Evidentemente: puede uno alegrarse diciendo que estos sacerdotes son extraviados. O que su deserción es efecto de la "mutación", palabra mágica que explica cualquier cosa.

Pero uno puede sobre todo interrogarse: ¿POR QUÉ, cada año, desde 1964 presenciamos esta hemorragia? Antes de decidir si podemos alegrarnos o deplorarlo, es preciso saber lo que ello significa.

* * *

Los sacerdotes se van. Los seminaristas se retraen también, a veces cuando aún no han terminado los estudios. Los seminarios se "reagrupan"; gran número de monasterios también.

Entre las familias — perdón: entre las "parejas" que tienen hijos — la exigencia también está fuera de lugar. La mujer en el hogar: una supervivencia medieval. La obediencia: una palabra que positivamente nadie se atreve a emplear.

De muchos liceos y colegios, como de ciertas universidades, más vale no hablar. La sola mención de una disciplina de trabajo provoca las carcajadas y desencadena la anarquía. El que enseña es un infeliz.

El que contesta, aun cuando sea un conocido gandul, profetiza la sociedad de mañana.

* * *

A falta de exigencias, se ven una serie increíble de capitulaciones.

No quiero aquí lastimar a nadie. Intento solamente suscitar algunas reflexiones.

Los sacerdotes rechazan las exigencias de su celibato sagrado: que se les permita casarse.

Los esposos rechazan el amor que se compromete para toda la vida: que se les autorice el divorcio y la contracepción.

Las madres rechazan el peso de la maternidad: que la ley autorice la destrucción de la vida del niño.

Los homosexuales son numerosos: se dan en las iglesias de Holanda y en la televisión francesa: que la Iglesia bendiga su unión.

Después de las dificultades por el griego y el latín parece que la gramática y la ortografía "traumatizan" a los niños: ¡que se reforme la gramática y la ortografía! Ya se trabaja en ello.

¿La "mutación"? Esta es la palabra que esconde, con frecuencia, la repulsa a la ascesis, la repulsa al sacrificio, la repulsa al esfuerzo, la repulsa a la exigencia, en una palabra: la repulsa al amor.

* * *

Lo que parece está en trance de metamorfosearse, actualmente, es el sentido del amor, de la palabra y de la cosa.

Desde hace dos mil años, el amor que Cristo nos trajo se ha manifestado por el don de sí en el sacrificio, por el don de sí en el esfuerzo, por el don de sí en la renuncia afectuosa.

La virginidad cristiana, el amor conyugal, el celibato de los sacerdotes, como también la ascesis de la autoridad, la exigencia de la disciplina intelectual, y también el valor de llamar a otros a estas renunciaciones, a estos sacrificios han sido, sin ninguna ruptura, las vías normales, naturales y sobrenaturales del amor de Cristo en nosotros y entre nosotros.

En la medida en que uno miente y uno se engaña haciendo creer o dejando creer, que Dios no es exigente, que el amor no es exigente, en esta misma medida, se contribuye a la decadencia actual. Aun cuando los tiempos son duros y las tentaciones poderosas, la gracia permanece sobreabundante.

* * *

Si los que predicán el amor lo hacen progresando solapadamente en la vía de dejar hacer y permitiéndolo todo, descepcionan la necesidad de don total de los jóvenes y la vocación a la santidad de los cristianos. Esta necesidad, esta sed que cada generación trae con ella, serán pues ineluctablemente desviadas hacia la orgullosa exaltación de la fuerza.

Esta degeneración está en camino. Ya ciertos jóvenes católicos, obreros o estudiantes, se dan en cuerpo y alma a la violencia y trabajan para poner la Iglesia al servicio de la revolución. No ven que el bautismo de la lucha de clases es tan monstruoso como el del nacional-socialismo.

Si los que predicán el Evangelio no son capaces de apelar a la vida interior y al heroísmo en el silencio eficaz de la esperanza teológica, dan, sin darse cuenta a veces, ejemplo público de tibieza y de mediocridad. Su deseo de atraer las multitudes o los jóvenes por ese género de demagogia, testifican un real desconocimiento de la nobleza del hombre — incluso el débil. La doctrina, pudo en otro tiempo, ser dura. Pero el peligro de oponer las facilidades pastorales a las exigencias doctrinales no es ilusoria, las estadísticas cantan.

* * *

He conocido un niño cuyos padres, amables pero débiles, cedían a todos sus caprichos. Vino un tío suyo exigente. Este tío era profundamente cristiano, y dirigió al niño hacia el don interior — hacia lo que cuesta.

El niño un día le dijo al oído: “querría que tú fueses mi papá”.

MARCEL CLEMENT

QUID EST VERITAS?

Aunque a primera vista lo parezca, no pretendo definir la verdad, y menos aún, desarrollar una tesis filosófica, en consecuencia con el título de este modesto trabajo. Me propongo simplemente reflexionar, en alto, sobre la actitud de algunos creyentes, y aun católicos, que, como en otro tiempo Poncio Pilato, también ellos se preguntaron: Quid est veritas?, y a quienes podemos contestar con la fuerza aplastante de unas palabras, pronunciadas, por la Eterna Sabiduría, Jesucristo, nuestro Señor, cuando, en su oración sacerdotal, la noche de su Pasión, oraba al Padre por sus discípulos: “Conságralos en la verdad; tu palabra es verdad”... (Jn. 17,17).

¿Qué lugar hay para la verdad, en un mundo, en que todo cambia y se renueva, siendo la verdad, por su misma naturaleza, inmutable, enraizada en el ser mismo de las cosas? Hay quienes piensan que la verdad se va haciendo, en constante evolución, y a merced de diversos condicionamientos, restando por lo mismo a la verdad, algo que le es esencial, su inmutabilidad; fascinados por lo nuevo, que no es nuevo, sino de importación, y ya usado en otras épocas, pretenden sus-

tituir la fuerza inconvencible de la verdad, por el momento socio-histórico, en constante proceso de mutación. No se dan cuenta de que, la verdad no se hace, la verdad es, y que por ello, su valor es de siempre. La Verdad increada, que es Dios, es eterna, trascendente, fuente de donde procede toda verdad, que, en cierto modo, es como una participación de la Verdad Absoluta.

El correr de los tiempos, lejos de oscurecer el atractivo de la verdad, con sus logros científicos y técnicos, debe estimular al hombre, en la búsqueda de la verdad, y en la profundización de las ya conocidas, y así lograr la verdadera libertad, pues está escrito: “La verdad os hará libres” (Jn. 8,22). No es inoportuno señalar un serio peligro, y es, que los mismos católicos, nos dejamos influir por un relativismo histórico, que restaría fuerza y consistencia a nuestra fe, y que por lo mismo no podemos admitir, si hemos de ser consecuentes con las exigencias de la misma fe, que nos presenta a Cristo como “Camino, Verdad y Vida”, según afirmó Él, de Sí mismo (Jn. 14,6).

La Iglesia Católica, Única depositaria de toda la

verdad revelada, no sólo la propone y enseña fielmente a todos los hombres, sino que además, la defiende celosamente de aquellas teorías o sistemas filosóficos que dudan, ya de la existencia de la verdad objetiva, ya de la posibilidad de alcanzarla, por parte del hombre. Con razón se le llama "la Cátedra de la Verdad", porque en efecto, Ella que es Madre, es también Maestra, de esa Verdad que "permanece para siempre" (Salmo 116). Leemos en el "Decreto sobre la libertad religiosa", del Concilio Vaticano II: "Pues, por voluntad de Cristo, la Iglesia Católica, es la Maestra de la verdad, y su misión, es exponer y enseñar auténticamente la Verdad, que es Cristo, y al mismo tiempo declarar y confirmar con su autoridad, los principios del orden moral, que fluyen de la misma naturaleza humana" (núm. 14) y San Pablo afirma que "Dios nuestro Salvador, quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1.ª Tim. 2. 1,4).

En la Encíclica "Humani generis", S. S. el Papa Pío XII, de santa memoria, nos previene contra muchos de los errores, hoy muy difundidos y mezclados con la verdad, en una amalgama desorientadora, que pretende suplantar a la misma verdad; leemos en el número 24 del citado documento pontificio: "Ninguna verdad que la mente humana hubiese descubierto mediante una sincera investigación, puede estar en contradicción, con otra verdad ya alcanzada, porque Dios, la Suma Verdad, creó y rige la humana inteligencia, no para que cada día oponga nuevas verdades a las ya realmente adquiridas, sino para que, apartados los errores, que, tal vez se hubiesen introducido, vaya añadiendo verdades a verdades, de un modo tan ordenado y orgánico, como el que aparece en la constitución misma de la naturaleza de las cosas, de donde se extrae la verdad. Por ello el cristiano, tanto filósofo como teólogo, no abrace apresurada y ligeramente las novedades que se ofrecen todos los días, sino que ha de examinarlas con la máxima diligencia, y ha de someterlas a justo examen, no sea que pierda la verdad ya adquirida o la corrompa ciertamente, con grave peligro y daño, aún para su misma fe" (*Humani generis*, núm. 24).

Cerca de 20 años más tarde, un conocido teólogo, ha podido decir, entre otras cosas, "De ahí que los pensadores cristianos de todos los tiempos son desdeñados, como si no tuvieran nada que decirnos; las fórmulas tradicionales de la fe, son presentadas bajo una luz que permite ridiculizarlas, a fin de reclamar su sustitución pura y simple, y so pena de cambiar el lenguaje, se vacía el fondo mismo de la fe... Me admira la tranquilidad de conciencia de tantos hijos de

la Iglesia, que, sin haber hecho nunca nada digno de tenerse en cuenta, sin haber madurado su espíritu, en el estudio y en el sufrimiento, sin tomarse siquiera el tiempo necesario para reflexionar, se constituyen a diario, acusadores de su Madre Iglesia y de sus hermanos, ante el aplauso de una multitud forastera" (Henri de Lubac, 1969, conferencia del 29 de mayo).

A veces nos asalta la tentación, con pretexto de renovación conciliar, de adaptar la verdad al hombre de hoy, y no nos damos cuenta que debe ser al revés; es el hombre quien debe adaptar su pensamiento a la Verdad, y su actuación a los principios morales que arrancan de esa misma Verdad, norma suprema de toda moralidad. Sólo así se puede pensar en una renovación social, más humana, y más justa. La situación angustiosa, que caracteriza la sociedad moderna, está proclamando a gritos, que, el hombre no puede vivir sin Dios, y que, Dios no sólo no ha muerto, sino que, si no existiera, habría que inventarlo; el hombre necesita de Dios, precisamente, para ser más hombre, para realizarse mejor en su ser; por eso es vano intentar la renovación de la sociedad, alejados de Dios. Recordemos aquella profunda frase de San Agustín, el gran buscador de la Verdad: "Nos has hecho, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descansa en Ti".

Terminemos con unas palabras de S. S. el Papa Pablo VI, en la Audiencia general del 25 de septiembre de 1970: "...como algunos pretenden cancelar (a la Iglesia) su nombre y su memoria, en todas las manifestaciones de la vida del pensamiento, de la ciencia, de la actividad, de la sociedad; debe ser todo laicizado, no sólo para señalar al saber y a la ciencia del hombre su campo propio, gobernado por los principios específicos, sino para reivindicar para el hombre su autonomía absoluta, una suficiencia satisfecha sólo con límites humanos y orgullosa de su libertad, que se ha vuelto ciega, para todo principio obligatorio, orientador. Se busca todo, pero no a Dios; Dios ha muerto, se dice... se dice que, el hombre adulto no tiene necesidad de Dios".

Es muy recomendable seguir fielmente las palabras del Santo Padre, que con claridad, señala el mal, el error, pone el dedo en la llaga, y con no menor claridad, expone, el remedio, las verdades de nuestra fe, que, debemos conocer más y mejor. Sus discursos, especialmente los de los miércoles, en la Audiencia general, son sencillos, pero profundos, luminosos; alguien los ha calificado de verdadera catequesis del Pueblo de Dios; cumple su más alto deber: "confirmar a sus hermanos en la Verdad de su fe".

FRAY ANTONIO DE LUGO, O. S. H.

LA REDENCION Y EL GEOCENTRISMO

De la obra de Roger de Saint
Chamas "Sources d'Eau vive"

La Fe nos ilustra sobre nuestros orígenes. Y nos ilumina sobre las contradicciones de nuestra naturaleza.

¿Como resolver tales contradicciones?

El Verbo se ha hecho carne; Jesucristo se ha ofrecido en sacrificio. He aquí el hecho inmenso.

En adelante, y en consecuencia, la gracia del Todopoderoso se nos derrama y nos desborda. No tan sólo podemos restablecer el orden en nosotros mismos, sino que incluso, cada uno de nuestros esfuerzos, si los unimos a los méritos de Jesucristo, pueden alcanzar un valor infinito y contrabalancear en nosotros y alrededor de nosotros toda la potencia del Mal.

Aquella invocación del Ofertorio de la Misa resume a la vez el esplendor de la creación y el esplendor, aún más asombroso, del hombre redimido: "O Dios, que de un modo admirable creaste la naturaleza humana en su nobleza, y de un modo más admirable aún, la restauraste..."

San Agustín ha sacado de ello una fulgurante síntesis, de alientos infinitos: "Deus factus est homo, ut homo fieret Deus".

La Redención es, por lo tanto, el acontecimiento capital de la humanidad.

Es más. Según no pocos Doctores, la Encarnación ha formado parte del plan divino de toda la eternidad; incluso sin el pecado, hubiera tenido lugar, ya que convenía que el Dios del amor se rodease de criaturas destinadas a ser objeto de su amor, y que tales criaturas fuesen precedidas por un prototipo perfecto.

El Verbo encarnado es este prototipo; y nosotros somos, en potencia, las reproducciones de esta obra maestra. Toda nuestra ambición de seres amantes, sedientos de perfección, de belleza y de infinitud, debe ser la de acercarnos, cuanto más posible, a este modelo divino.

Jesucristo ha nacido en la Tierra. No en otra parte. Ha escogido para sí, por madre, la criatura ideal, la maravilla de las maravillas, aquella que devino Reina de los Angeles y Madre de los hombres.

Es en María que se realizó la Encarnación, es decir, la inserción de lo eterno en lo temporal, de lo divino en lo humano.

Todo esto ha ocurrido y se perpetua en nuestra Tierra.

Esta realidad inconmensurable nos autoriza a pensar que Cristo es el centro de nuestra historia, y que

esta historia, y, por lo tanto, nuestro planeta que le sirve de sostén, es bien la razón de ser del universo todo.

Parece que el mundo entero, desde el átomo hasta las más lejanas galaxias, pasando por todo cuanto es vida y movimiento, haya sido creado por Dios para nuestra enseñanza y nuestro servicio.

El hombre sería, por tanto, si no la causa, por lo menos el móvil de toda la creación.

* * *

Todo esto es anticuado, se nos dirá. Creer que el hombre es el centro del Mundo, es volver a los tiempos de Ptolomeo.

No mezclemos ni confundamos dos ópticas: la física y la metafísica.

Que la Tierra sea un polvo del Cosmos, que el hombre aparezca millones y millones de años desde que se formó la corteza terrestre que le sirve de soporte, y la atmósfera que le permite respirar es una cosa.

Más hay otra realidad que las supera todas: la venida a nuestra Tierra del Verbo encarnado, de Quien tenemos vocación de ser cortejo y corona.

Después de esto, es lógico considerar que el Universo entero está ordenado hacia nuestro mundo terrestre: así se explica la complejidad y el esplendor de la Creación.

Tanto más se revela prodigioso el mecanismo sideral y misteriosa la sustancia de la vida, mejor podemos adivinar el pensamiento genial que ha ordenado todas las cosas. Aún mejor, si cabe, que el Salmista de hace tres mil años, debemos prorrumper en el canto: "Coeli enarrant gloriam Dei".

* * *

Dejemos a los demás apasionarse por las navegaciones interestelares; que opinen sobre la pluralidad de los mundos habitados. Son bien dueños de ello.

Para mí, sólo la Tierra está a mi escala humana; y la raza humana la única que Cristo me ha dado para servir y para amar.

Tan sólo conozco una ciencia capaz de llenar mis aspiraciones intelectuales y afectivas, y que jamás cesaré de profundizar: es la ciencia del Dios del Amor; es el mensaje de Verdad de su Verbo encarnado.



EL SACERDOTE

I

Examinemos al sacerdote en el más amplio concepto de clase y de hombre consagrado por entero a Dios. Las circunstancias por las que atraviesa el mundo, de tanto confusiónismo y relajación, obliga a una buena orientación y asentamiento de las cosas, y en este caso la personalidad sacerdotal. Y el efecto; el sacerdote no es un ser como los demás hombres. El sacerdote no es cosa del mundo, ni pertenece al mundo. El sacerdote es un hombre entregado a Dios y que se consagra a Él, con el fin de vincular su persona y todo cuanto es y vale al servicio de Dios y de la Iglesia. El sacerdote no es ni más ni menos que esto. Ello nos obliga a considerar cuanta es la trascendencia y responsabilidad del sacerdote en el ámbito de sus relaciones con sus semejantes, es decir, con los demás hombres y sus hermanos en el sacerdocio. En primer lugar, el sacerdote no es un hombre que pueda alternar ni convivir, bajo un mismo plano, con los demás hombres. Sus trabajos, sus afanes, sus preocupaciones son otras; al propio tiempo que sus gustos, sus apreciaciones, sus distancias. El sacerdote no puede confundirse con los demás hombres que, si bien todos somos llamados a un mismo Reino y a percibir las mismas llamadas de Dios hacia la

gracia santificante y a un orden de paz y de justicia en la tierra; no obstante, no todos participamos ni debemos valorarnos por un igual, ajustándonos a un mismo plan de vida e idéntica situación. El sacerdote es persona singular y diferente en su concepto de la espiritualidad, misión y orden sagrado conferido a través del Orden. Con todo y convivir y hacerse con los demás hombres (no faltaba más, que para eso somos llamados los sacerdotes, para santificar y salvar almas) el sacerdote, repito, debe aparecer ante sus semejantes bajo el sello de hombre incontaminado con la materia y el espíritu del mundo. Vivir, sí, en el mundo y a través del mundo; pero no confundirse con el mundo, ni revestirse a su semejanza. Cuide el sacerdote no relajarse, ni descender al nivel del mundo, con asumir las propias formas y vanidades del mundo, tan reñidas con el espíritu de alta ejemplaridad, austeridad y modestia sacerdotales.

El sacerdote debe ser atendido en su clase, ser atendido y estimado. Y esto a pesar de todas las deficiencias a que pueden dar lugar su contacto con el mundo. ¡Son tantos los peligros que hay que vencer! Levantar al caído es cosa que quiere Dios y bendice a quien lo hace. Limitándonos a la persona del sacer-

dote en su concepto de la espiritualidad y demás carismas de que está revestido, venimos en afirmar diciendo que el sacerdote vinculará sus relaciones con sus hermanos en el sacerdocio, a tenor con su propia personalidad y espíritu sacerdotal de que está informado y, por tanto, regulará sus funciones y demás a que haya lugar, mediante una adecuada formación y estado de ser que le capacite en el cumplimiento de sus tareas apostólicas y mutuas relaciones. Y así, bueno será ajustar la vida del sacerdote, aparte de su formación intelectual y teológica, a base del diálogo y un corazón abierto, exponente de su espontaneidad y total entrega a la obra de salvación y conquista de las almas. El sacerdote debe vincularse a su espíritu de hermandad para con todo el mundo y, especialmente, con sus hermanos en el sacerdocio, ya que constituye con estos la porción escogida en la gran empresa de difundir el Mensaje de Cristo, el Evangelio, en función de alta ejemplaridad y testimonio. Ahora bien; el sacerdote mantendrá sus relaciones con la Jerarquía, con espíritu de fidelidad y amplia comunicación de sentimientos y pareceres. No concebimos al sacerdote sin esa comunicación constante — el diálogo! — con la Jerarquía y a la Jerarquía sin su conexión con los inferiores, en cuanto a los cuidados y atenciones que éstos se merecen en todo momento. Para nosotros, huelga todo cuanto se oponga a esa comunicación directa y comprensiva entre el sacerdote y la Jerarquía; lo contrario es sentar una ficción y establecer un divorcio, en perjuicio de la Iglesia a su expansión apostólica y evangelizadora. Lejos de la Iglesia cuanto huele a formulismos o empaques que a nada de bueno conducen. No se olvide que el sacerdote es un ser revertido a lo sobrenatural y, por tanto, está por encima de la mate-

rialidad de las cosas; tal que, si bien en lo humano, son las reglas de artificio una coyuntura o feliz invención para regirse y gobernarse, no lo son, sin embargo, en las relaciones o asuntos de cosas sagradas, de suyo tan íntimamente ligadas con la conciencia y el orden eterno. ¡Cuanta es la razón que asiste al sacerdote cuando realiza sus tareas apostólicas y su misión, con la espontaneidad a que obliga su propia personalidad, sagrada por todos conceptos! Conste que el sacerdote lo es todo como la misma Iglesia: el buen pastor, el padre del hijo pródigo, el samaritano de la parábola. Y en fin — ¿por qué no? — en la persona del sacerdote está el mismo Cristo y el Evangelio. Y ahora como colofón a cuanto hemos expuesto, preguntamos: ¿cómo puede conjugarse la mística sacerdotal, las funciones sacerdotales, de tan

alto contenido sobrenatural y misión a realizar en la formación de las almas y su conversión, con la nueva modalidad de los sacerdotes vinculados al trabajo entre los obreros? ¿Cómo puede adaptarse el sacerdote a un contenido y modales semejantes a los laicos e identificarse, fundirse con ellos, con apariencias de forma y de fondo, sin menoscabo de la propia dignidad sacerdotal y de clase, de tan alta exaltación de valores sobre todos los de los demás hombres? ¿Cómo concebir una vida consagrada totalmente a Dios (que a tal obliga al sacerdote, hombre de Dios y sólo para Dios) si no es consagrándose a Dios en el espíritu y en el cuerpo y superándose a los demás hombres fuera de su clase, en un convenir por el Reino de los Cielos, como es abrazar y ajustarse a la ley de celibato eclesiástico? ¿Cómo no ajus-

tarse el sacerdote a un plan de vida que le ayude y promueva a santificarse, para que santificándose a sí mismo, santifique mejor a los demás y se capacite en su alta misión de pastor de almas, conductor de la vida espiritual? ¿Cómo no vincularse el sacerdote a una más asidua e intensa consagración de la catequesis y demás obras de apostolado y amparo social, que tanto apremia en nuestros días y a cuyos afanes, como otros Cristos, tanto obliga el ejercicio de las funciones sacerdotales? ¿Cómo no encauzar la pastoral del momento, vivir las funciones sagradas el sacerdote, si no es a través de la administración de los divinos misterios y de una vida santa que infunda confianza y despierte la fe de los creyentes y de los que no lo son, hacia un mismo y común convenir de salvación eterna? Importa mucho meditar esto.

LA IGLESIA HOY

II

Veamos, aunque en forma veloz, cuál es la situación en que se encuentra la Iglesia hoy. Ante todo, bueno será formular el siguiente interrogante: ¿andamos correctamente y como Dios espera de todos en la hora actual? Porque tal es el caso que obliga seriamente a meditar. Desde luego, partimos del supuesto, sumamente inquietante, de la realidad actual. La verdad es que ciertos sectores o ambientes atraídos por un afán de novedades, no menos que llevados por un ánimo hostil contra los valores de la tradición, que es la gran experiencia a través de los tiempos, se ha intentado dar un salto sin sentido y que raya en el vacío. Es deprimente tener que confesarlo así. Y esto es grave, porque es signo de algo que se descompone e ins-

pira desconfianza. ¿Por qué, pues, no salir al encuentro de cuanto de bueno y justo obliga a vindicar y con ello levantar cuanto interesa construir en orden a un mayor perfeccionamiento y recto sentir de las cosas? Bien que se revisen ciertas formas hasta ahora en vigor y se formulen ciertas actitudes a realizar, en orden a unos más altos aspectos de superación y demás a convenir; pero no concebimos ni concebiremos jamás ese nuevo estado de cosas de tipo anárquico, desconcertante y de bajo estilo a que se ha caído, en pugna con la uniformidad y el recto juicio que ha caracterizado siempre a la Iglesia en su carrera triunfal y ascendente. Cuando en realidad de verdad lo que se impone y exigen los intereses de la Iglesia y el bien de

nuestros semejantes, sobre todo, en estos tiempos tan cruciales y de tantas posturas, es una reafirmación vibrante y solemne de la Fe y el orden cristiano, y con ello cuanto de sublime, bueno y santo nos ha legado la Iglesia a través de sus tradiciones, su experiencia, y cuyo exponente es esa majestad y esa gloria vinculadas en ese encuentro del hombre con Dios y de la Iglesia con el hombre. Sí; hay que levantar una nueva cruzada, cuya ejecutoria sea fiel expresión de las grandezas de Cristo y sus divinos misterios, y ello a través de la acción litúrgica, la función pastoral, la vida sacerdotal, que es como decir la Iglesia entera. Debemos ejercer el testimonio de Cristo, revivir su espíritu, a través de las obras de caridad para con nuestros

hermanos, la unión de los cristianos en una misma Fe y percibir el aliento de Dios que nos impele a pensar, sentir y obrar como Él quiere que pensemos, sintamos y obremos, como hijos de un mismo Padre y fieles en la unidad de una misma Iglesia. Y he ahí como un guión cuanto concierne en esa tarea de vinculación y defensa de los valores religiosos, y que urge poner en claro en esa hora de confusión y negación de tanto sentido ético y de tantos postulados a que obliga la ortodoxia más elemental. En efecto; afirmamos que la Iglesia son los obispos, los sacerdotes y los laicos y constituyendo unos y otros, en conjunto, el pueblo de Dios. Ahora bien; la Iglesia es por naturaleza jerárquica y se desenvuelve a través del episcopado, el clero y los laicos o simples fieles. El episcopado es el lazo de unión a través del cual se vincula la Iglesia. El obispo asume la plenitud sacerdotal, en orden al gobierno y los poderes que Jesucristo confió a los apóstoles; los obispos son los sucesores de los apóstoles. El sacerdote es el colaborador y copartícipe de los dones y carismas que el obispo le ha transmitido. Los laicos son los simples fieles que, junto a la Jerarquía, constituyen parte de la Iglesia y coparticipan de las gracias de redención y santificación. Por último, y como remate a cuanto hemos expuesto, permítasenos formular lo siguiente: ¿por qué no conceptualizar la autoridad jerárquica de la Iglesia, dentro de un plano patriarcal y humano que, sin ser de tipo absolutista ni democrático, comprenda los lazos de hermandad y comprensión, a que obligan las relaciones entre altos y bajos, en la obra de evangelización y gobierno? ¿Por qué no ajustar la obra de la Iglesia, dentro de la más estricta unidad a que obliga su alta misión de universalidad inconfundible

y carismática, tan innata a su propia naturaleza, y que se revela a través de sus gloriosas tradiciones y demás imperativos vinculados en la identidad de un mismo obrar y sentir, y de cuya ejecutoria es un exponente la acción litúrgica y pastoral, el uso ordinario del latín y el canto gregoriano (otra cosa son ciertos aspectos del mismo, como, también, ciertos casos de excepción), los ritos y ceremonias de la Misa, la administración de los sacramentos, el comportamiento del pueblo en los oficios divinos, al acción del laicado en sus relaciones con la Jerarquía y la Iglesia? ¿Por qué no agrupar a los fieles, dentro de la unidad a que obliga la Fe y la Jerarquía, en comunidades cuyo objetivo sea la defensa de la moralidad y los derechos humanos de libertad y justicia social, en el bien entendido que son los valores humanos y los intereses religiosos los imperativos que obligan a coexistir y dar fe de vida recíprocamente y con plena armonía? Tales son los extremos que, a grandes rasgos, hemos intentado hacer constar.

Hasta aquí un guión, una vinculación a formular ante las eventualidades de la Iglesia hoy. Veamos ahora, y como un esquema, a la Iglesia en razón de su constitución y demás imperativos a que obliga la fidelidad a Cristo y el mandato divino a ejecutar, como en testimonio. En primer lugar, debemos mirar a la Iglesia limpia en su constitución. La Iglesia como obra divina instituida por Jesucristo para la salvación, debe aparecer ante los hombres como una institución de signo vocacional (todos somos llamados y nos debemos a la gracia y la conversión) y evocativo (se trata de perpetuar la memoria de los misterios de nuestra fe) de conformidad con los carismas y

misión a realizar impuestos por el Divino Fundador. La Iglesia es el poder de las llaves. El imperativo de la Iglesia es apacentar las ovejas y conducir las al redil del Señor. La Iglesia, en fin, es el Reino de Dios en la tierra y nunca jamás podrá aparecer como el reino del mundo, un reino temporal y del dinero. Verdaderamente, la Iglesia es una institución única y plasma, imprime en ella, todo cuanto le confirió Cristo en orden a la gracia y salvación. Y ahora preguntamos: ¿cuál es el signo a mantener en la Iglesia en su misión y razón de ser, según el mandato divino y los imperativos a diluir en su alta ejecutoria? La Iglesia es para los hombres y vincula sus funciones salvíficas a través de los hombres. La Iglesia es una institución visible y recibe de Cristo y de los apóstoles, testigos y sucesores suyos, el mandato divino de la evangelización y la salvación; tal, que la Iglesia responderá a su alta misión evangelizadora y de gobierno, cuanto mayor sea su fidelidad al Evangelio y a la tradición apostólica. Y he ahí nuestra conclusión que vinculamos, como la expresión de la voluntad del Salvador al constituir e imprimir en la Iglesia el sello característico con que había de perpetuarse la obra salvífica y de redención de los hombres: la Iglesia será la verdadera y auténtica Iglesia de Cristo, en cuanto se ajuste a la unidad y vincule en ella los dones y carismas con que fue constituida y manteniéndose al soplo del Espíritu que la mueve, la inspira y la guarda con su asistencia. Y al efecto. En la unidad está la síntesis y expresión viva del verdadero ecumenismo de la Iglesia. Y al decir la unidad entendemos la identidad en una misma Fe y una misma Caridad. No concebimos de otra manera la unidad, el ecumenismo de la Iglesia, que tiene

a la Verdad como escudo y al Espíritu por armadura frente al error y la maldad. Desde luego, lejos de la Iglesia toda herejía, toda discrepancia o disparidad en la Fe y a cuanto se oponga al amor entre los hombres. Es inútil invocar el Espíritu fuera de la verdad y, concretamente, de la Iglesia, a través de la cual distribuye sus dones y nos santifica. El Espíritu sopla donde quiere, sí, y se posa sobre quienquiera le invoque de buena fe; pero también es verdad que la acción del Espíritu no fecundiza donde no está la verdad o pugne contra la fe de la Iglesia, que es como decir la Revelación, el magisterio eclesiástico, la tradición apostólica. No nos hagamos ilusiones, ni especulemos a nuestro antojo. El Espíritu es la verdad pura y limpia y no admite paliativos ni mezcolanzas con el error. Eso sí; caridad, amor fraterno para con todo el mundo, es cuanto obliga a la Iglesia y fuerza el Espíritu. Ciertamente, todos los hombres, indistintamente, nos debemos a Dios en el altar, en la plegaria y en nuestras ofrendas o sacrificios, en el bien entendido que Dios, que es todo bondad y amor, atenderá toda invocación hecha con fe y confianza. Entretanto no sembremos la confusión y el desconcierto en nuestras filas, atraídos por el afán de conseguir, artificiosamente, la unión con las demás confesiones. Convenimos, sí, en la expresión de buena voluntad y comportamiento, sobre todo, con nuestros hermanos separados, con la esperanza de encontrarnos un día, todos juntos, con vínculos de unidad y de fe, junto a Pedro, la Iglesia Romana. Y ahora veamos los términos sobre los cuales se vincula, debe vincularse, la vida de la Iglesia en su caminar, peregrina en la tierra. Para ello bueno será convenir en una Iglesia, cuyos postulados se ajusten a los imperativos

a que obliga su propia existencia y constitución. Y al efecto. Cristo instituyó la Iglesia sobre la cabeza de Pedro. La roca sobre la cual Cristo edificó la Iglesia no es otra que Pedro. Y si bien extendió Cristo a todos los apóstoles el mandato de evangelizar, perdonar y prometerles su asistencia; sin embargo sólo a Pedro le fue transmitida, personalmente, esta potestad — *tu es Petrus!* — De ahí que Pedro sea el primado, la cabeza visible de la Iglesia; tal, que bien puede decirse, indefectiblemente, que donde está Pedro está la Iglesia. Podrán existir otras iglesias, pero nunca será la Iglesia Universal, una e indivisible, según la mente, el mandato de Cristo. Otro de los postulados o imperativos sobre los que obliga la vida de la Iglesia es la de aparecer pobre como Cristo. No es que la Iglesia sea pobre y no rica; sino que la Iglesia debe ejercitar la pobreza, como ejercicio de perfección, a imitación de Cristo. Debe la Iglesia ajustarse a la más alta ejemplaridad, a tenor con los preceptos divinos, incluidos los consejos evangélicos, en testimonio. Y en fin, debe la Iglesia desposeerse de todo poder e influencia temporales. El reino de las almas, que es la Iglesia, obliga a permanecer ajeno a las luchas políticas y no inmiscuirse en los asuntos de los Estados. Ello no quiere decir que se desentienda y no intervenga, dentro de su propia esfera, en la defensa y vinculación de los derechos humanos, la moral pública, las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Pero a condición de que esta intervención de la Iglesia en la problemática del mundo sea hecha con amor, sin violencia, por muy justificadas que sean, convencidos que estamos en la verdad y es el Espíritu quien sopla sobre nosotros. Ciertamente, la Iglesia con ser una sociedad per-

fecta, soberana en sí misma y de trascendencia espiritual única, deberá encontrarse en todo orden y manifestación que atañe a la personalidad humana, como es la libertad, la justicia, la paz. Debe la Iglesia vincularse a la familia cristiana, comprendiendo los vínculos matrimoniales, los deberes de los cónyuges, las relaciones con los hijos. Debe la Iglesia vincularse a la enseñanza, disponer de la evangelización, salvaguardar los intereses religiosos. Desgraciadamente, hoy los pueblos viven apartados de la Iglesia y de la disciplina que informa el ejercicio de la vida cristiana, hasta el extremo que es el materialismo y la relajación que invade todas las capas sociales. Asistimos a una apostasía de la sociedad en términos alarmantes y corrosivos. Es verdad que existe un rescoldo de buenas voluntades firmes en la Fe y en la tradición que nos legaron nuestros padres; pero es el caso que se van extinguiendo por falta de continuidad en las familias y en el ambiente que nos rodea. ¿Qué hacer, pues? ¿Cuál debe ser la postura de la Iglesia en la hora actual? ¿Qué solución cabe emprender ante las circunstancias por las que atraviesa la Iglesia y el mundo hoy? Según nuestro entender la Iglesia debe reafirmarse ante el mundo como la gran fortaleza de salvación. La Iglesia es el magisterio infalible y sobre ella recae el mandato divino de la conversión y el pastoreo del mundo. Con autoridad, con firmeza debe la Iglesia afrontar las acometidas del Maligno, con la seguridad de que no ha de fallar la asistencia divina. Importa, además, capacitarnos y servir a la Iglesia con justicia y amor. No basta ajustarnos a la pureza y recto proceder de los tiempos apostólicos; es necesario también no renunciar a nuestras glorias legítimas consecui-

das a través de la civilización y la acción salvífica de la Iglesia, y que tanto nos habla de las grandezas del espíritu y de un orden humano de alta superación y fecundidad. Y en fin, hay que buscar a Dios a través de la palabra, la liturgia y el testimonio de nuestro proceder y de nuestra conducta ejercida con dignidad y alta ejemplaridad cristiana. Hay que ir al pueblo y convencerle que Dios está con nosotros y que fuera del Evangelio no hay ni libertad, ni justicia, ni paz. Hay que levantar cruzada en pro de los valores morales hoy en crisis, ante ese desbordamiento de las fuerzas del mal que con tanto empuje arremeten con destruir la familia, las buenas costumbres, la fe de los cristianos. ¿Comprendemos bien esto? Porque de lo contrario sería señal de que no nos entendemos. Y entonces sería cuestión de preguntar: ¿somos conscientes de la situación que atravesamos? ¿Andamos preparados ante ese forcejeo en que se debate hoy el mundo? ¿Somos fuertes en la Fe y firmes en defender los derechos de Dios y los intereses de la Iglesia? Que el Espíritu Santo ilumine a la Iglesia, la fecundice y la guarde de todo mal en ese hora de tanta perturbación y confusio-

Hemos examinado a la Iglesia a través de las eventualidades del momento actual y los imperativos a que obliga su constitución, en testimonio. Veamos ahora a la

Iglesia en razón de su capacidad institucional y corporativa. Porque la Iglesia es esto: una institución y una corporación. Jesucristo instituyó la Iglesia no para que permaneciera estacionada como en sus comienzos; sino para que emprendiera el vuelo que jamás otra institución alguna pudiera alcanzar. Y esto a través de todos los órdenes de la vida humana: religioso, social y político. ¿Y por qué no? ¡Si es la Iglesia la maestra, la fuerza motriz y sobrenatural, en virtud de la cual había de informar la civilización y la conducta de los hombres en la gran tarea y misión divina de evangelizar y salvar al mundo! De ahí que no puede hablarse de la Iglesia, sin que comprenda también al mundo con que ella va involucrada, en la grande obra de conversión de las almas, defensa de las santas tradiciones, fomento de las altas empresas; razón por la cual la Iglesia mantendrá el fuego sagrado, el ámbito a través del cual extiende sus fecundas alas, con todos los imperativos a vindicar, como signo del triunfo de la Fe y su exaltación en el mundo. Y he ahí nuestro convenir que venimos en formular como sigue: renunciar al quehacer y a las glorias tan innatas a la Iglesia, conseguidas a través de los tiempos, en fuerza de su propia virtualidad y asistencia divina, sería como mermar los fines de la institución, que no son otros que extender el Reino de Dios en la tierra y dar gloria al

Creador en todas las cosas. Y no se diga que lo temporal es ajeno a lo espiritual y lo espiritual ajeno a lo temporal, porque tales factores —lo temporal y espiritual— forman como dos rieles, paralelos en la vida del hombre, y que no pueden disociarse, ni desentenderse el uno del otro, sin que se obstruya el camino de la justicia y de la paz; esa justicia que es el Eterno-Dios, a quien todas las cosas deben estarle sujetas, y esa paz que son las almas con vínculos de caridad y convivencia... La realidad hoy es ésta: no buscamos a Dios verdaderamente, sinceramente. Estamos faltos de fe y nos sobra artificio. Queremos arreglar el mundo a nuestro capricho, no según espera Dios de nosotros. Nuestra actitud y nuestro pensar hoy no convence. No es por los caminos de la secularización y la violencia que vamos a levantar a la Iglesia y captar almas para el Cielo. El Evangelio, como el mismo Cristo, tiene su estilo y discurre a través de los más altos conceptos sobre la dignidad del hombre, las relaciones con Dios, los imperativos de proletarización, ni de masas, sino de penitencia, conversión, cielo. Precisamente, la vida es una aristocracia en jerarquía, virtud y saber. Nadie podrá usurparle a Cristo el apelativo de Maestro Bueno del Evangelio. En conclusión, nuestra convicción ante la problemática que tanto agita a la Iglesia y al mundo hoy, está en que hay que reñir la batalla de la Fe.

MELCHOR PELEGRÍ, Pbro.